

***LA SANTA  
JUANA***

**(Tercera Parte)**

**Tirso de Molina**

**PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:**

- Don LUIS
- CÉSAR <LI
- LILLO
- CRISTO, Nuestro Señor
- La SANTA
- SAN LAUREL
- ALDONZA
- PEINADO, pastor
- Doña INÉS
- CRESPO, pastor
- MINGO, pastor
- BERRUECO, pastor
- Don JORGE
- MARÍA, monja
- La VIRGEN, Nuestra Señora
- El NIÑO Jesús
- El ÁNGEL de la guarda
- Otra MONJA
- Una NIÑA
- Un ALMA

## ACTO PRIMERO

*Salen don LUIS y CÉSAR, como de noche*

LUIS:           ¿Hay más de eso?

CÉSAR:           ¿Es esto poco,

don Luis, para obligaros  
a la razón que os provoco?

¿No basta para apartaros  
de ese pensamiento loco

el saber cuán adelante

ha estado mi amor constante

y que fui favorecido

poco menos que un marido

y mucho más que un amante?

¡En un año que he gozado

el dulce entretenimiento

que ya niega a mi cuidado,

mil veces mudé el asiento

desde la silla a su estrado,

y en él dando a mis amores

esperanzas en favores

de cintas, guantes, cabellos,

he alcanzado otros por ellos,

no sé si diga mayores.

Esto es cierto; averiguadlo,

y si veis que vuelve atrás

vuestro crédito, dejadlo.

LUIS:           ¿Tenéis que decirme más?

CÉSAR:        Harto os he dicho, miradlo.

LUIS:           Ya lo he visto, y como es

el amoroso interés

feria de cambios y trazas,

sabéis mucho en sus trapazas,

que sois, César, ginovés.

Ya sé que vuestras porfías

por remediar vuestros daños

inquietan las dichas mías;  
que son propios los engaños  
en guerras y en mercancías,  
y como es guerra el amor  
y mercancía la mejor  
que pone el gusto en su tienda,  
por quedaros con la hacienda  
dais hoy en enredador.

Pero no habéis de tener  
mucho ganancia conmigo,  
que es necio, a mi parecer,  
quien fía de su enemigo  
o cree a su mercader.

Doña Inés es principal  
y discreta, y siendo tal,  
cuando algún favor os diese  
no haría cosa que estuviese  
a su reputación mal,  
y a hacerla vos, en efeto,  
de cuatro eses con que han dado  
fama al amante discreto,  
la mejor habéis borrado,  
que es la "ese" del secreto;  
y a quien no sabe guardalle  
hace bien en desprecialle  
y echar de la voluntad  
a quien, quizá sin verdad,  
sus faltas echa en la calle.

CÉSAR: Refrenad la lengua airada,  
que en un caballero es mengua  
el no tenerla enfrenada,  
y contra una libre lengua  
suele ser lengua la espada;  
que no sin causa parece  
lengua el acero que ofrece  
venganza que a la honra sigue,  
porque una lengua castigue  
lo que otra lengua merece.  
Y si el término os provoca  
de mi trato cortesano,

responded por lo que os toca  
con la lengua de la mano  
y dejad la de la boca.

Yo ha un año que a doña Inés  
pretendo y sirvo y después,  
puede ser que por venganza  
de celos o de mudanza,  
que es mujer, y ella lo es,  
dicen que da en admitiros  
y en olvidarse de mí.

Yo he venido a persuadiros  
con término honrado aquí,  
mas pues no basto a advertiros  
cosas que pusieran tasa  
en el amor que os abrasa,  
a ser más considerado,  
hoy vengo determinado  
a que no entréis en su casa.

Mi resolución es ésta,  
la vuestra haced manifiesta  
luego, que de no lo hacer,  
la espada sola ha de ser  
quien me ha de dar la respuesta.

LUIS: A estar en otro lugar  
y no en la calle y la puerta  
de mi casa, sin hablar,  
respuesta os diera tan cierta  
como lo es vuestro pesar;  
pero en otro más capaz  
a vuestro amor pertinaz  
responderé por borralle,  
que es el reñir en la calle  
llamar a quien ponga paz.

CÉSAR: Yo no tengo sufrimiento  
para tanta dilación,  
y así, aquí vengarme intento.

LUIS: Castigara mi razón  
vuestro mucho atrevimiento.

*Riñen. Sale don DIEGO, viejo*

DIEGO:           ¿Qué es esto? ¿Agora pendencia,  
y en la calle? Don Luis,  
ten respeto a mi presencia.  
Señor, tened, si os servís,  
a mi vejez reverencia.  
      Loco, sosiégate ya,  
mira que tu padre está  
embotando a tu rigor  
los filos. Señor, señor,  
sosegaos.

LUIS:            Entraos allá,  
                  padre, no deis...

DIEGO:                       Tente inquieto.

LUIS:            Si os pierdo el respeto.

DIEGO:                       Impida  
mi amor tu enojo indiscreto.

LUIS:            ¡Oh!

DIEGO:            No pierdas tú la vida  
y piérdeme a mí el respeto;  
y vos, señor caballero,  
templad el airado acero;  
si a esto un viejo padre os mueve  
en esta agua, en esta nieve.

LUIS:            Ya yo os advertí primero  
que no hace el valor alarde  
cuando riñe donde acuda  
gente que su vida guarde,  
y que siempre pide ayuda  
de aquesa suerte el cobarde.  
      Ya veis de eso prueba llana;  
yo os avisaré mañana  
donde, sin impedimento,  
nos veamos.

CÉSAR:                       Soy contento.

DIEGO:            De su mocedad liviana  
algún mal suceso espero.

LUIS:            ¡Oh, qué importuna vejez!

DIEGO:            Tenme respeto.

LUIS:                   No quiero.

*Vase don LUIS*

DIEGO:           ¡Quiera Dios que alguna vez  
no lo pagues! Caballero,  
no os vais, esperad un poco,  
si con ruegos os provoco.

CÉSAR:           Ya yo os espero admirado  
de que a padre tan honrado  
desprecie un hijo.

DIEGO:                        Es un loco.

CÉSAR:            Quien tan poca reverencia  
tiene a su padre no hay duda  
que morirá en la pendencia  
mañana, pues en mi ayuda  
ha de ser su inobediencia.

                  ¿Qué es, señor, lo que mandáis?

DIEGO:            Que la causa me digáis  
de este enojo. ¿Es por el juego?

CÉSAR:            Todo es uno, luego y fuego,  
si una letra les mudáis;  
fuego es amor, y amor es  
ocasión de esta pendencia.  
Yo quiero a una doña Inés,  
tan bella, que en su presencia  
el sol se postra a sus pies;  
tan rica, que su caudal  
es a su belleza igual;  
tan noble, como notable  
en hacienda, y tan mudable,  
como bella y principal;  
un año ha que la he servido  
dando el fuego que me abrasa  
tantas muestras, que he tenido  
en su calle y en su casa  
parabienes de marido;  
porque, aunque es tal doña Inés,  
la corte sabe quién es

mi linaje y la nobleza  
que se iguala a mi riqueza.

DIEGO:       ¿No sois César, ginovés?

CÉSAR:        Para serviros.

DIEGO:                La fama  
que en Madrid todos os dan  
tanto os celebra, que os llama  
rico, discreto, galán,  
y digno que cualquier dama  
de vuestro amor sea testigo.

CÉSAR:        Hacéisme merced.

DIEGO:                No digo  
sino sólo lo que sé.

CÉSAR:        Estos favores gocé  
un año; pero, en castigo  
de lo que nunca he pecado,  
mudóse por persuadirme  
la variedad de su estado;  
mas, mujer y un año firme,  
¿a quién no diera cuidado?  
Supe que quien eclipsaba  
la luz que mi amor gozaba  
era don Luis; pedíle  
me escuchase, persuadíle  
cuán mal a su honor estaba  
su pretensión amorosa,  
porque amar a doña Inés  
y no amarla para esposa  
no es posible, y esotro es  
empresa más peligrosa.

Fue la respuesta, en efeto,  
no con el justo respeto  
y valor que merecía  
mi término y cortesía,  
mas no hay enojo discreto;  
obligóme a desafialle,  
no reparando en que estaba  
a su misma puerta y calle;  
llegastes, y aunque bastaba  
vuestra vista a sosegalle,

hizo su cólera prueba  
de la inobediencia nueva  
con que ciego os respondió,  
y quien a vos se atrevió,  
¿qué mucho que a mí se atreva?

Éste es, señor, el suceso  
y ocasión de esta pendencia.

DIEGO: Luis es mozo y travieso;  
y de su poca experiencia  
se arguye su poco seso;  
y pues en vos resplandece  
lo uno y otro, si merece  
obligaros mi vejez,  
tened a raya esta vez  
la furia que os embravece,  
que yo haré que don Luis  
no hable con esa dama  
por quien con él competís.

CÉSAR: Mal reprimiréis su llama,  
pues que tan mal reprimís  
la libertad con que os trata.

DIEGO: No importa, que amor dilata  
las leyes entre hijo y padre,  
y en su rostro el de su madre,  
que esté en el cielo, retrata.  
Es mi único heredero,  
y aunque me pierde el decoro,  
no os espante si le quiero,  
que en su juventud de oro  
dora mi vejez su acero.

Si esta razón es bastante  
no ha de pasar adelante,  
César, aquesta questión.

CÉSAR: Como la reputación,  
que a un hombre es tan importante,  
no pierda en mí su valor,  
y él deje su intento, digo  
que, por serviros, señor,  
desde hoy en nombre de amigo,  
trueco el de competidor.

DIEGO: Dadme esos brazos por él,  
y de este enojo crüel,  
una amistad nazca nueva.

CÉSAR: Y el alma en ellos, en prueba  
de que soy su amigo fiel  
y hijo vuestro, si por vos  
deja aquesta competencia.

DIEGO: No la tendréis más los dos.

CÉSAR: Yo fío en vuestra prudencia.

DIEGO: Bien podéis.

CÉSAR: Adiós.

DIEGO: Adiós.

*Vase CÉSAR*

DIEGO: Si la imagen al espejo  
causa amor tan excelente,  
como a la experiencia deajo,  
siendo sólo un accidente  
que pinta el cristal reflejo,  
¿qué mucho llegue a querer  
un padre a un hijo en quien ver  
pueda, no como en cristal,  
su retrato accidental,  
sino su sustancia y ser?

No tengo más de este hijo  
y si la vejez desea  
hacer que en tiempo prolijo  
su memoria eterna sea,  
y, como Séneca dijo,  
"Por eso el viejo edifica  
para que en lo que fabrica  
viva su memoria quede,"  
¡con cuánta más razón puede  
si en hijos su amor aplica  
eternizar su blasón  
sin que el olvido le ultraje,  
pues solos los hijos son  
para gloria de un linaje

su eterna conservación!

Mil travesuras consiento  
a don Luis, y aunque siento  
que lo hago mal, el amor  
de las manos de el rigor  
quita el castigo violento.

*Salen LILLO y don LUIS*

LILLO: No estuviera yo delante  
y de carrillo a carrillo  
llevara un pasa volante  
con que diera al diablo a Lillo  
y olvidara el ser amante.

LUIS: ¿Eres valiente?

LILLO: ¿Eso dices?  
¿No he hecho yo porque autorices  
mis lacayas maravillas  
que, como hay adoba sillas,  
hay aquí adoba narices?

¿Qué cara no he sobreescrito  
cual si fuera sambenito,  
donde quien verlo desea  
en sus puntadas no lea  
*Lillo me fecit* escrito?

Vive Dios, si el ginovés  
delante de mí te hablara  
que de un tajo o de un revés  
la cabeza le enviara  
rodando hasta doña Inés.

LUIS: ¡Ay, fanfarrón!

LILLO: No profeso  
menos que hazañas...

DIEGO: ¿Qué es eso,  
Luis? ¿Dónde vos tan tarde?

LUIS: Voy a buscar un cobarde.

DIEGO: Si fueras a buscar seso  
no hicieras mal. ¿Qué locuras  
son estas que, a mi pesar,  
y por matarme procuras?  
¿Qué es esto? ¿En qué han de parar,

Luis, tantas travesuras?

¿Por qué usas mal de mi amor?

¿Por qué malogras la flor  
de tu edad desbaratada  
para que, en agraz cortada,  
me des vejez con dolor?

Trújete de Torrejón,  
donde naciste, y mi hacienda  
te ha dado su posesión  
por verte correr sin rienda  
tras una loca afición

de una villana, instrumento  
de mi deshonra y tormento,  
pues de suerte te ha cegado  
que me dicen que la has dado  
palabra de casamiento.

Este peligro evidente  
remedié, que tu muerte era,  
porque en Torrejón su gente  
ni libertades espera  
ni atrevimientos consiente.

Trújete a Madrid, y apenas  
limpié a mis primeras penas  
el llanto, cuando ya fundas  
mi muerte con las segundas,  
que darme la muerte ordenas.

Como sin madre quedaste  
en edad tierna y temprana,  
casi en brazos te criaste,  
Luis, de la Santa Juana,  
en quien mejor madre hallaste.

No te espantes si me espanta,  
hijo, que de virtud tanta  
sacases tan poco seso  
y salieses tan travieso  
de los brazos de una santa;

aunque de esta justa queja  
tu contraria inclinación  
desengañado me deja,  
que no es oveja el león

por darle leche una oveja.

En cuantas cartas me escribe  
esta santa me apercibe  
el riesgo y peligro en que anda  
quien como tú se desmanda  
y tan sin prudencia vive.

Dice que no te consienta  
tanta libertad, que impida  
con tus locuras mi afrenta,  
y tema el dar de tu vida  
a Dios rigurosa cuenta;  
mas mi paterna afición  
rompe por todo, razón  
es que de tu vida loca  
te duelas.

LUIS: Otra vez toca  
con tiempo, padre, a sermón,  
y predica algo más corto;  
¡quizá me convertirás!

DIEGO: Cuando con amor te exhorto  
¿esa respuesta me das?  
¿Tan poco, Luis, te importo  
que verme muerto deseas?  
Ruego al cielo que lo veas  
presto, pues te canso tanto.

LUIS: ¡No faltaba más de un llanto  
ahora!

LILLO: Señor, no seas  
de esa condición; ya ves  
que le enojas si replicas;  
llega y bésale los pies.

LUIS: Pues ¿también tú me predicas?

DIEGO: ¿Quién es esta doña Inés  
que de nuevo te enloquece,  
y con pependencias te ofrece  
la muerte?

LUIS: ¿Quién ha de ser?  
¿Querer bien a una mujer  
es milagro?

DIEGO: Bien parece,

que eres mozo.

LUIS:                   Y tú eres viejo.  
¿Parécete real consejo  
si me casa mi ventura  
con la hacienda y la hermosura  
de una mujer que es espejo  
de toda la corté? Acaba.

DIEGO:       En mujer empleas tu gusto  
de quien otro hombre se alaba  
más de lo que fuera justo;  
ya esto sólo te faltaba.

LUIS:       César esa fama ha echado  
por verse menospreciado,  
que doña Inés no es mujer  
que le había de aborrecer,  
habiéndole una vez dado  
prendas ilícitas.

DIEGO:                   Muda  
de parecer y afición,  
pues mi experiencia te ayuda,  
don Luis, que no es razón  
casarte tú en esa duda.

La honra es luz de la vida  
que hace la fama lucida;  
mas con tal riesgo se trata,  
que un soplo sólo la mata  
si no está bien encendida.

César a probar se obliga  
lo que no es bien que yo crea;  
pero, para que se siga  
tu afrenta, cuando no sea,  
basta, Luis, que se diga.

Esta vez tu afición ciega,  
pues tu padre te lo ruega,  
hijo, tienes que dejar.  
Damas hay a quien amar;  
sirve, ronda, gasta, juega  
y desperdicia mi hacienda,  
como no arriesgues la vida,  
que corre a morir sin rienda.

César me tiene ofrecida  
su amistad como no ofenda  
tu amor el suyo. Por mí,  
¿no harás esto?

*Habla aparte LILLO a don LUIS*

LILLO: Di que sí,  
y después nunca lo hagas.  
DIEGO: ¡Qué mal, Luis, mi amor pagas!  
LUIS: Digo, señor, que por ti  
ni a doña Inés veré más  
ni con César reñiré.  
DIEGO: Júralo.  
LUIS: En pesado das.  
DIEGO: Jura, acaba.  
LUIS: En buena fe.  
DIEGO: ¿Ahora escrupuloso estás?  
LUIS: ¿No juré? Déjame, pues.  
DIEGO: Dios te libre de ocasiones.  
¿Dónde vas, que la una es?  
LUIS: A jugar unos doblones.  
(A ver voy a doña Inés.) **Aparte**

*Vase*

DIEGO: Quedaos, Lillo, vos.  
LILLO: ¿Quién, yo?  
DIEGO: Vos, pues.  
LILLO: ¿No he de ir con él?  
DIEGO: No.  
LILLO: Alto, pues, quédome aquí.  
DIEGO: En mi casa os recibí  
desde el día que murió  
don Jorge, vuestro señor;  
y aunque sin mi gusto fue,  
como os tiene Luis amor,  
mi propio gusto troqué

por el suyo; aunque mejor  
fuera, según lo que veo,  
no ejecutar su deseo  
ni recibiros así.

LILLO: ¿Qué he hecho yo, pobre de mí?

DIEGO: Que sois mucha parte creo  
en todas las travesuras  
de Luis.

LILLO: ¿Soy yo su ayo  
que a mí culparme procuras?  
¿Soy más de un pobre lacayo?  
¿Puédole yo en sus locuras  
ir a la mano?

DIEGO: Los dos  
os entendéis.

LILLO: ¡Plegue a Dios!

DIEGO: Basta. De las mocedades  
de don Jorge y libertades  
os echan la culpa a vos;  
ya sabéis que esto es verdad.

LILLO: ¡Si en amos soy desdichado!

DIEGO: De la poca voluntad  
que en Cubas os han cobrado  
vuestrós milagros sacad.

LILLO: Mal me quieren sin razón;  
mas como villanos son,  
dicen que cuando cazaba  
don Jorge gangas, andaba  
tras ellas yo como hurón;  
y alguna causa han tenido,  
que no me quiero hacer santo;  
mas después de convertido  
y muerto don Jorge, es tanto  
lo que estoy arrepentido,  
que, a no importar encubrillo  
y ser soberbia el decillo,  
pienso, señor, que algún día  
verás en la letanía  
y calendario un san Lillo.

DIEGO: Págome muy poco yo

de gracias; si no pensáis  
mudar de vida, cesó  
el salario que ganáis  
en mi casa.

LILLO:                   Aqueso no;  
          todo lo dicho, señor,  
          ha sido burlas; mi humor  
          sabes, yo prometo al cielo  
          ser desde hoy un san Ciruelo.

DIEGO:       Si no ofendiera al amor  
          que tengo a Luis, de casa  
          os echara.

LILLO:                   No ha de ser  
          tu favor con tanta tasa.

DIEGO:       Que vais luego he menester  
          a Cubas.

LILLO:                   Señor: repasa  
          por tu memoria que estoy  
          tan mal quisto, que si voy  
          me tienen de mantear  
          todos los de aquel lugar.

DIEGO:       Importa que llevéis hoy,  
          Lillo, a la beata Juana  
          un regalo y un papel.

LILLO:       Iré, aunque de mala gana.  
          (Mi sentencia llevo en él.       **Aparte**  
          ¡Oh, qué bellaca mañana,  
          Lillo, esperáis, si no huís  
          y a costillas prevenís  
          las trancas que considero!)

DIEGO:       De la santa Juana espero  
          el remedio de Luis,  
          que, si cuanto pide alcanza  
          de Dios, en quien su esperanza  
          pone, teniendo afición  
          a Luis, de su oración  
          se ha de seguir su mudanza.  
          La carta a escribirle voy.

LILLO:       ¡Oh, cuberos enemigos!  
          temblando de aquí os estoy.

DIEGO: Gran cosa es tener amigos  
con Dios.

*Vase*

LILLO: Afúfolas hoy.

*Vase. Tocan chirimías. Arriba se aparece  
CRISTO con una túnica encarnada, como resucitado, y la  
SANTA Juana junto a él. Música*

CRISTO: Ya llegó de mi Asunción  
el día por ti esperado;  
ya las llagas te he quitado  
de mi sagrada pasión.  
Si por tu importunación,  
esposa cara, no fuera,  
de por vida te las diera;  
mas no las quieres, y así  
quiero volverlas a mí,  
que soy su divina esfera:

SANTA: Eterno Esposo, no están  
en mí con vuestra licencia  
con la debida decencia  
que a su inmenso valor dan.  
Francisco, que es capitán  
de vuestra iglesia, ése sí  
que es digno de el carmesí  
de esa amorosa librea,  
porque el mundo en ella vea  
el fuego que encierra en sí.  
En él sus joyas engasta  
justamente vuestro amor,  
que a mi sentir el dolor  
de vuestra pasión me basta.

CRISTO: Juana humilde, esposa casta,  
aunque sin llagas estás,  
mis dolores sentirás

todos los viernes que vivas.

SANTA: Mercedes son excesivas.

No hay, mi Dios, que pedir más.

CRISTO: Y pues hoy es mi Acensión  
y al cielo glorioso vuelo,  
quiero dejarte en el suelo  
de mi sagrada pasión  
las insignias. Éstas son.

*Aparécese la cruz y sobre ella la corona de  
espinas y tres clavos*

SANTA: Todo el mundo os engrandezca

CRISTO: Justo es que te las ofrezca.

¿Quiéreslas?

SANTA: Dulce amor, sí.

CRISTO: No hallo fuera de mí  
quien como tú las merezca.

*Pónele la corona de espinas en la  
cabeza*

Esta corona de espinas  
sembró en mi cabeza amor.

SANTA: ¡Ay mi Dios, qué gran dolor!

CRISTO: Mayor que el que en ti imaginas,  
sintió en mis sienes divinas  
mi cabeza delicada.

*Dale la cruz en la mano derecha*

Esta cruz, esposa amada,  
te doy por más noble prenda.

SANTA: Con tu divina encomienda,  
rica quedaré y honrada.

*Dale los tres clavos en la mano izquierda*

CRISTO: Los tres clavos, Juana cara,  
son éstos que a mis esclavos  
libraron.

SANTA: Todos tres clavos  
poned, Señor, en mi cara,  
que ya mi ventura es clara,  
pues para que esté a mis pies  
la Fortuna, que al través  
da con todo, hacéis que pueda,  
mi Dios, poner en su rueda,  
en lugar de un clavo, tres.  
Para alivio de la pena  
que siento ausente de Vos,  
buenas memorias, mi Dios,  
me dejáis.

CRISTO: Sí, que eres buena.

SANTA: Parezco una Santa Elena.

CRISTO: Darte sus insignias quiero.

SANTA: ¿Váisos, Pastor verdadero?

CRISTO: Sí, Juana.

SANTA: ¡Ay, prenda querida!

CRISTO: ¡Ay mi esposa!

SANTA: ¡Ay, mi vida!

CRISTO: ¡Ay, mi oveja!

SANTA: ¡Ay, mi cordero!

*Encúbrese CRISTO y baja la SANTA con las  
insignias, y aguárdala abajo el ÁNGEL de la guarda.  
Toquen chirimías*

ÁNGEL: ¡Juana mía!

SANTA: Mi ángel fiel,  
guarda damas de mi casa,  
fénix de amor que se abrasa  
como salamandra en él.

ÁNGEL: ¿Contenta estás?

SANTA:                    Mi laurel,  
¿no le he de estar si me ha dado  
las joyas mi enamorado  
que costaron lo que Él vale,  
pues porque el precio le iguale  
le han costado su costado?

ÁNGEL:                Pues, porque puedas gozar  
el bien que en ellos apoyas,  
quiero ser tu guardajoyas.  
En mi poder han de estar.

SANTA:                Pues vos las queréis guardar  
mi hacienda estará segura.

ÁNGEL:                Dios regalarte procura.

SANTA:                ¿Vaisos, Ángel?

ÁNGEL:                        Juana, sí.

SANTA:                Vamos, que no estoy en mí  
no viendo a Vuestra Hermosura.

*Vanse. Sale ALDONZA, labradora, con una cesta de garlamoras, unos manojos de trébol y poleo y otros de pajuelas, y con ella PEINADO, pastor*

ALDONZA:            Persiguióme don Luis  
de la suerte que te cuento,  
un año, tiempo bastante  
para aun quien sintiera menos;  
criámonos casi juntos,  
y empezando de pequeño  
el amor, dicen, Peinado,  
que se vuelve en parentesco.  
Refrené mi inclinación  
por ver que era caballero  
y yo labradora humilde,  
puesto que Amor es soberbio;  
pero como el resistirse  
diz que es echar leña al fuego,  
abrasábase don Luis  
y amábale yo en extremo.  
Dióme un martes en la noche

palabra de casamiento,  
palabras pagué en abrazos;  
mas fue en martes--¡mal agüero!--  
Vino a saber a este punto  
nuestro amor su padre viejo,  
y remedió con ausencias  
sus daños. ¡Caro remedio!  
Cuatro, leguas de distancia  
mil en su memoria han puesto,  
que es niño Amor y se olvida  
con cualquiera tierra en medio.  
A una doña Inés, que vive  
en esta casa, hace dueño  
del alma que ya era mía,  
y así por mi hacienda vuelvo.  
Ésta es la causa, Peinado,  
de mis celosos desvelos;  
que han de costarme la vida  
como me cuesta el sosiego.

PEINADO:     Pardiez, Aldonza, que echastes  
vuestro ciego amor a censo  
en tan malas hipotecas  
que no heis de cobrar a tiento.  
Es caballero don Luis,  
y pagan los caballeros  
tan mal ya deudas de amores  
como deudas de dineros;  
pero, pues no os ha gozado,  
¿qué hay perdido?

ALDONZA:             El sufrimiento,  
las esperanza, los sentidos,  
la vida, el alma, el seso.  
A doña Inés haré creer  
que es mi esposo.

PEINADO:             Mas, ¡qué presto  
sabe una mujer forjar  
cuatro docenas de enredos!  
Mas, pues vive aquí la dama  
que le quillotra, entrad dentro  
y obrad siquiera en pajas;

que en Santa Cruz os espero.

ALDONZA:    Prevénme en ella, Peinado,  
                  si no le obligo, mi entierro.

PEINADO:    ¡Qué de ellos mueren de amores,  
                  y qué pocos vemos muertos!

*Vanse. Salen don LUIS y doña INÉS  
                  llorando*

LUIS:        Enjugad, mi bien, los ojos  
                  sin negarme la luz de ellos,  
                  que, pues son soles, no es bien  
                  que lloren soles tan bellos.  
                  Volvedme a mostrar sus niñas,  
                  pues es niño Amor, juguemos,  
                  que no es bien que se levanten  
                  cuando por ellos me pierdo.  
                  César mintió, ya lo sé,  
                  que alabarse es argumento  
                  de las mentiras, que sabe  
                  fingir el pesar y celos.  
                  ¡Ea, no haya más, amores!

INÉS:        ¿Cómo, si con vida veo,  
                  don Luis, a un mentiroso  
                  que mi honor y fama ha muerto?  
                  ¿Joya es de tan poca estima  
                  la honra, que en detrimento  
                  de su reputación noble  
                  el término que la ha puesto  
                  una lícita afición  
                  había de pasar? ¡Qué presto  
                  os creísteis don Lúis!  
                  Poco amáis y poco os debo.

LUIS:        Por la luz de aquesos ojos,  
                  doña Inés, que no lo creo,  
                  y que le desafié  
                  sólo por ese respeto,  
                  y he de matarle esta tarde.  
                  ¡Ea, mi bien, acabemos!

¿Somos amigos?  
INÉS: No sé.  
LUIS: ¿Quién lo sabe?  
INÉS: Lo que os quiero.  
LUIS: Dadme aquesa hermosa mano,  
honraré mis labios.

*Asómase al tablado ALDONZA*

ALDONZA: Bueno,  
porque, celos, cierto veis  
dice el mundo que sois ciegos.

*Sale ALDONZA*

ALDONZA: ¡Ay de mi! ¡Y a las pajuelas!  
¿Quieren trébole y poleo,  
pajuelas y zarzamoras?  
INÉS: ¿Qué es esto?  
ALDONZA: ¿Quieren poleo?  
INÉS: ¿No hay zaguán en esta casa  
para que pregonéis eso  
sin entrar aquí?  
ALDONZA: ¿Por qué entra,  
si sabe, en la iglesia el perro?  
Porque halla la puerta abierta;  
pues ¿es mucho haber yo hecho  
lo que un perro sabe hacer?  
¿Quieren trébole y poleo?  
INÉS: ¡Ola! salíos allá fuera.  
ALDONZA: ¡Ola! digo que no quiero,  
que también sé yo olear  
sin ser cura ni haber muertos.  
INÉS: ¿Quién os mandó entrar aquí?  
ALDONZA: Naide, que no hay manamiento  
de no entrarás en la casa  
de tu prójimo. ¿Ah, mancebo?  
Todos estamos acá.  
LUIS: ¡Oh Aldonza! Pues ¿qué tenemos?  
ALDONZA: ¿Qué sé yo? Pena de ver

que habléis con Costanza. ¡Puerros!  
A ella digo. ¿No me compra  
zarzamoras?

INÉS:                                ¡Qué molestos  
que son siempre estos villanos!  
Ya os digo que no las quiero.

ALDONZA:    Pues compradlas vos, buen hombre,  
que zarzamoras os vendo,  
porque amor en zarzas mora  
y ansí tan picada vengo.

LUIS:        Aldonza, no seas pesada.

INÉS:        ¿Conocéisla?

LUIS:                                Mucho tiempo  
ha que la vi en Torrejón.

ALDONZA:    ¿Mucho tiempo, caballero?  
Más ha que murió mi agüelo.  
Pero dejémonos de esto  
y compradme zarzamoras;  
que en mi tierra yo me acuerdo  
que andabais en busca de ellas,  
y entre las zarzas y enredos  
de promesas incumplidas  
y favores lisonjeros  
llegastes a coger una  
que el comerla por lo menos  
causó pena y costó gritos.  
Súpoos bien y amargóos luego.

LUIS:        ¡Oh, qué bachillera estás!

ALDONZA:    Y vos sois un majadero,  
pues a la corte os venís  
por zarzamoras, sabiendo  
que aquí no las hay con flor  
que se les pierde en naciendo;  
y después de desfloradas  
andan a la flor del remo;  
mas como las zarzamoras  
que comistes en mi puebro  
la voluntad os mancharon,  
y vuestro gusto cumplieron,  
y para quitar las manchas

de moras no hay tal remedio  
como buscar otras nuevas,  
querréis quitarle al deseo  
la mancha con esta verde.  
¡Huego en vos y en ella huego  
si os creyere como yo!

INÉS: Geroglíficos son éstos,  
don Luis, no de villana.

LUIS: (¡Qué esto sufro, vive el cielo! **Aparte**  
Loca, ella me enreda aquí,  
si la escucho y me detengo.  
Quiero ausentarme por ver  
si me sigue, que sospecho  
que el infierno la ha traído  
para fin de mi sosiego.)  
Mi padre me está esperando,  
yo volveré presto a veros;  
no creáis rusticidades  
de villanos.

ALDONZA: Pagaréislo.

LUIS: ¡Villana, si no calláis!

### *Vase don LUIS*

ALDONZA: ¿Amenazas? ¡Lindo cuento!  
¡Hao! ¿no compráis zarzamoras?

INÉS: Si como zarzas los celos  
despedazan las entrañas,  
zarzas están deshaciendo  
mi engañado corazón  
con espinas de tormentos.  
¿Qué enigmas son los que has dicho?

ALDONZA: ¿Soy yo tienda de barbero  
que de enigmas se compone?  
La verdad deciros quiero.  
Sabed que a una zarzamora  
picó este tordo en mi pueblo  
dándola antes de picarla  
palabra de casamiento.

Si empalagado procura  
con promesas y embelecocos  
picar en vos, ¡oje allá!  
zarzamora, tened seso,  
que tien ya este tordo torda  
y os quiere burlar aquesto.  
Basta, y ¡á las zarzamoras!

INÉS: Escucha.

ALDONZA: ¿Quieren poleo?

*Vase*

INÉS: ¡Oh engañoso don Lúís!  
De tu natural travieso  
y mudable condición  
no te esperaba sino esto.  
Aunque tanto te he querido  
no viene tarde el remedio;  
a César dejé por ti,  
desde hoy por César te dejo.  
Hoy daré satisfacción  
a mi venganza y sus celos  
y a mi mudanza disculpa.  
¡Ay hombres, plumas al viento!

*Vase doña INÉS. Salen la SANTA y  
CRESPO, MINGO y BERRUECO, pastores*

CRESPO: Madre Juana, esto ha de ser,  
que es amparo de Toledo.

SANTA: Nada valgo y poco puedo.

CRESPO: No hay que habrar. Ha de saber  
que si Mari Crespa da  
en rezongas y en porfías,  
aunque habre veinte días  
arreo no callará  
si todo el pueblo se junta  
y con cura y campanilla

va en procesión a pedilla  
que calle un poco.

MINGO:                                Despunta  
      de habradora, y es gran mengua  
      que una mujer habre tanto.

CRESPO:     ¡No la diera el cielo santo  
     almorranas en la lengua!  
     Vine de la arada ayer  
     cansado, si en ocasiones  
     cansan tanto los terrones  
     como hablando una mujer,  
     y dije, "¿Qué hay que cenar?"  
     Dijo, "Olla." "No quiero olla,"  
     respondí, "si con cebolla  
     la vaca podéis picar  
     y her un salpicón." "No quiero,"  
     respondió, "si que cenéis  
     olla." "No me repriquéis  
     ni andemos al retortero,  
     Crespa de la maldición,"  
     dije. Y dijo "Heis de cenar  
     olla, no hay que porfiar."  
     "No ha de ser si salpicón,"  
     respondí. "Pues no hay sino olla."  
     "Pues salpicón ha de ser."  
     "Pues olla habéis de comer."  
     Subióse el humo a la cholla  
     y levantando las haldas  
     del sayo, con un bastón,  
     haciéndola salpicón  
     los güesos en las espaldas,  
     por más que anduvo la folla  
     sin decir "Dios sea conmigo,"  
     daba gritos. "Olla digo,  
     olla quiero, no hay sino olla."  
     Y darle que le darás,  
     ella olla, yo salpicón,  
     hasta que quebré el bastón  
     y ella no pudo habrar más.  
     Pero aunque no pudo habrar,

por salir con su interés,  
arrastrando cuerpo y pies  
se hué derecha al vasar,  
y aunque no podía gañir,  
dijo después que se echó  
entre las ollas que halló,  
"Entre ollas he de morir."

Hice matarla una polla,  
por vella tan mal parada  
y llevándosela asada,  
dijo, "No ha de ser sino olla."

Y tanto en su tema dura,  
que habiendo el cura venido,  
por decir, "Confesión pido,"  
le dijo, "Olla, señor cura."

Ella queda, en fin, de suerte  
que hoy se irá, a lo que me fundo,  
por ollas al otro mundo  
y a mí me piden su muerte,  
si no es por vos, madre Juana,  
curádmela de tal modo  
que, porque sane del todo,  
la dejéis la lengua sana.

SANTA: Crespo, el hombre que se casa,  
a sufrir está obligado  
los defectos de su estado  
y las faltas de su casa.

La cabeza no maltrata  
ni menosprecia los pies;  
curadla, y ved que no es  
mala la mujer que trata  
bien su honor y le respeta,  
y llevad con más amor  
faltas que no son de honor;  
que no hay cosa tan perfeta  
que alguna falta no tenga  
en el mundo; regaladla,  
hermano Crespo, y curadla,  
porque a morirse no os venga.

CRESPO: Si es la lengua cruel veneno

en la mujer, madre Juana,  
y éste con otro se sana,  
remedio para harto bueno  
    por quitarla este quillotro  
que la hiciéramos comer  
la lengua de otra mujer,  
sanara un veneno al otro;  
    mas, pues no hay tienda de lenguas  
y me puso esta cruz Dios,  
pedid que la sane, vos,  
que yo sufriré mis menguas.

*Sale LILLO*

LILLO:           (La madre Juana está aquí;       **Aparte**  
                  con no poco temor llevo.)

SANTA:        ¡Oh, hermano Lillo!

LILLO:                    Don Diego,  
                  mi señor, que sólo en ti  
                  puesta su esperanza tiene,  
                  aquesta carta te envía  
                  y para la enfermería,  
                  mientras que a verte no viene,  
                  un regalo y cien ducados  
                  de limosna.

SANTA:                    Siempre da  
                  con largueza. ¿Cómo está?

LILLO:        Con infinitos cuidados  
                  en que don Luis le ha puesto.

SANTA:        Algún mal le ha de venir  
                  notable por consentir  
                  que viva tan descompuesto.  
                  Y el hermano, ¿no escarmienta,  
                  en dos amos que ha tenido,  
                  a quien tan mal ha servido?  
                  ¿No sabe que ha de dar cuenta  
                  delante el tribunal mismo  
                  de Dios?

LILLO:                    Soy un mal cristiano

que, pecando en castellano,  
he de dar cuenta en guarismo;  
pero yo juro la enmienda  
si el perdón de Dios me alcanza.

CRESPO: ¡Hao! ¿Ésta es la buena lanza  
por quien nuestro honor y hacienda  
don Jorge habría destruído  
a no morir?

MINGO: ¡Que se atreva  
venir aquí!

BERRUECO: Si no lleva  
el castigo merecido,  
no somos hombres de bien.

CRESPO: Uno trazo que no es malo.

LILLO: En el torno está el regalo  
y los dineros también.

SANTA: Vaya, pues, hermano, al torno,  
y respuesta llevará.

CRESPO: Y en volviendo por acá  
le daremos el retorno  
de las burlas que nos debe.

SANTA: La salud pediré a Dios  
de vuestra mujer, y a vos  
os pido, si la ira os mueve  
otra vez, que no deis muestras  
de vuestra necia crueldad;  
sus faltas disimulad,  
pues ella sufre las vuestras.

*Vanse la SANTA y LILLO*

CRESPO: Yo juro no hella más daño  
por que más no nos inquiete;  
y nos pague este alcagüete  
lo de antaño y lo de hogaño,  
un castigo le he de her  
con que se acuerde de mí.  
Una purga compré.

MINGO: ¿Sí?

CRESPO: Para dar a mi mujer,  
que la recetó el doctor  
y ella recibir no quiso.

MINGO: Hizo bien.

BERRUECO: Eso la aviso.

CRESPO: Hagamos que este hablador  
la tome, y purgue con ella  
todas las bellaquerías  
que quillotró en tantos días.

BERRUECO: Bien decís.

CRESPO: Pues vo por ella.

MINGO: Andad y buena pro le haga.

CRESPO: En saliendo he de esperar,  
que, pardiez, ha de purgar  
las entrañas por de zaga.

*Vase CRESPO. Sale LILLO*

LILLO: (Con la Santa he despachado **Aparte**  
lindamente. Quiera Dios,  
Lillo, que os escapéis vos  
de este pueblo conjurado;  
pero, aquí están; ¿qué he de hacer?)

BERRUECO: ¿Qué hay por acá, señor Lillo?

LILLO: (Hay harto unguento amarillo **Aparte**  
si quieren llegar a oler.)

MINGO: ¿No mos responde?

LILLO: (No puedo, **Aparte**  
que cierta prisa me avisa  
que me vaya, y una prisa,  
si es de tripas y con miedo,  
no repara en cortesías.)

BERRUECO: Pues hoy ha de reparar  
en ellas a su pesar.

*Detiéndenle*

LILLO: (¡Acerté, desdichas mías!) **Aparte**

Déjenme ir, que siento en mí  
temerario desconcierto.

MINGO: No se ha de ir, a questo es cierto.

LILLO: ¡Por Dios, que me vaya aquí  
si no me dejan, señores!

BERRUECO: Alléguese, socarrón;  
agora sabrá quién son  
de Cubas los labradores;  
que no hay plazo que no llegue  
ni deuda que no se pague.

LILLO: Ni mujer que no se estrague,  
ni sarna que no se pegue...

*Sale CRESPO con un vaso*

CRESPO: ¡Hao, par Dios, que viene entera!  
Buena a mi mujer hallé,  
y callando, que no hué  
poco milagro.

BERRUECO: Aquí espera  
un amigo vuestro.

CRESPO: ¿Es Lillo?  
Beso a vuesarcé las manos.

LILLO: Líbreme Dios de villanos.

CRESPO: ¿Qué tiene, que está amarillo?

LILLO: Corrimientos a traición.

CRESPO: Deme ese pulso. ¡Oh qué malo!

LILLO: Mas ¿qué hay receta de palo?

CRESPO: Tenéis grande opilación...

LILLO: ¿Yo?

CRESPO: ...de socarronería.

LILLO: ¿Y querréis darme el acero?

CRESPO: Al menos que purguéis quiero  
toda esa bellaquería.

Haceos la cruz y bebed,  
que seis reales me costó.

LILLO: Veneno es; mi fin llegó.

BERRUECO: ¿No bebéis?

LILLO: No tengo sed.

Beba vuesarcé primero;  
que siempre fui bien criado.

CRESPO: Acabemos.

LILLO: Ya ha llegado  
mi muerte; bebiendo muero.

Castigos hay menos malos  
sin que la muerte me deis;  
riendas y azotes tenéis,  
darme podéis dos mil palos;  
pero matarme; ¿por qué?

CRESPO: Que no es veneno, traidor,  
sino purga que el humor  
os cure; yo la compré  
por seis reales con intento  
de vuestro bien y quietud.

LILLO: Tal os dé Dios la salud  
como es vuestro pensamiento.  
¡Lástima de mí tened;  
mirad que es crüel castigo  
el darme veneno!

CRESPO: Digo  
que no es sino purga, oled.

LILLO: ¡Puf, qué de ruibarbo  
echó el ladrón del boticario!

BERRUECO: Acabad.

LILLO: Extraordinario  
castigo el diablo inventó.  
Aún no ha entrado y ya me urge  
las tripas.

MINGO: Beba.

LILLO: ¿Hay más graves  
burlas? ¿Sin darme jarabes  
quieren que tome la purga?

MINGO: Ea, que no es más de un trago.

LILLO: De mi muerte lo será;  
mas, pues de cámaras va,  
hoy de mi cámara os hago.

CRESPO: Acabemos, o si no...

LILLO: Allá va. ¡Jesús, mil veces!

## *Bebe*

MINGO:       ¿Embocólo?  
CRESPO:       Hasta las heces.  
LILLO:        ¡Mal haya quien te guió  
                  y la especie que te echaron!  
                  Ea, ya podrán dejarme,  
                  pues me obligan a purgarme  
                  en salud; bien se vengaron.  
                  ¡Ay! Ya empieza el apretura;  
                  váyanse, porque me voy.  
                  ¡Ay, ay, Dios, qué hinchado estoy!  
                  ¿No se van? Que de madura  
                  se va cayendo esta fruta.

CRESPO:       Sosiéguese.  
LILLO:        ¿Hay tal tormento?  
MINGO:        Esmpiece a contar un cuento.  
LILLO:        ¿Qué cuento? ¡Pese a la puta  
                  que me parió!

CRESPO:       Buenos pagos  
                  nos da.

LILLO:        ¿Qué os he de pagar?  
CRESPO:       La purga.  
LILLO:        Llegá a cobrar.  
CRESPO:       ¿De dónde?  
LILLO:        De los rezagos.  
                  ¡Ay, ay! ¡Señores, señores,  
                  pues que ya se han burlado harto,  
                  déjenme! ¡Ay!

MINGO:        ¿Está de parto?  
LILLO:        Sí, hermano, y con los dolores.  
                  ¿No basta ya la matraca?  
CRESPO:       ¿Es niño o niña?  
LILLO:        Será  
                  el diablo, pues sabe ya  
                  antes de nacer la caca.  
                  ¡Ay! ¿Mas que han de hacer que hieda  
                  la burla? ¡Ay, no hay que esperar!

*Vase LILLO*

CRESPO: Un tarugo le he de echar  
y atalle por que no pueda  
her nada.

BERRUECO: Acabad, dejalde.

CRESPO: Venid, veréis lo que pasa.  
¡Alcagüetes, alto, a casa,  
que yo os purgaré de balde!

**FIN DEL PRIMER ACTO**

## ACTO SEGUNDO

*Salen don LUIS y ALDONZA*

LUIS: Segunda vez me persigues?

ALDONZA: Al Amor pongo por juez,

que solamente una vez  
te amé porque me castigues;

un amor, una memoria,  
un cuidado y un deseo  
es siempre el mío, y no veo  
una palabra, una gloria  
un favor, una esperanza,  
un regalo, una afición,  
pues en ninguna ocasión  
hallo en tu rigor mudanza.

Castiga, pues, mi porfía  
pues tu rigor la condena,  
que por librarme de pena  
quiero hacer tu culpa mía.

LUIS: ¿Qué te debo yo?

ALDONZA: No sé.

LUIS: Pues ¿qué me pides?

ALDONZA: Amor.

LUIS: ¿Sin deberle?

ALDONZA: No, señor.

LUIS: Luego ¿debo?

ALDONZA: Sí, a mi fe.

LUIS: La fe sin obras es muerta.

Mal fundada deuda cobras.

ALDONZA: Si en mi fe faltaron obras  
fue por tu culpa, que es cierta.

LUIS: Bien sé yo que en Torrejón,

patria tuya, heredad mía,

como de burlas tenía

y te mostraba afición;

porque el Amor desterrado

del interés, de Madrid,  
se fue con discreto ardid  
al campo en que fue criado,  
y jugando mano a mano  
con los dos junto a una fuente,  
sentí un ligero accidente,  
que, gloria a Dios, ya está sano.

Cumplió su destierro Amor,  
y, al fin, se ha vuelto a la corte  
a pretensión que me importe  
de más gusto y más valor.

No puedes llamarme ingrato  
siendo aquel amor un juego,  
pues si gané, te di luego  
mil requiebros de barato.

ALDONZA: No da en barato el avaro  
amando de cumplimiento  
palabra de casamiento,  
que así lo barato es caro;  
mas como a todas le das  
y sé que juegas agora,  
vine a ver a esa señora,  
y así si me dieses más.

Pero, pues me has despedido  
cuando tan humilde llego,  
entenderé que en el juego  
con esa dama has perdido,  
y más habiéndome dado  
ella de barato un gusto,  
que es despreciar como es justo  
al que a mí me ha despreciado,  
pues dio palabra el Amor  
de castigar el mal trato  
de cualquier amante ingrato  
con otro competidor.

Doña Inés y el interés  
me vengan de tu inconstancia,  
que en ella, por su ganancia,  
es ya su amor ginovés.

César, traidor, te usurpó

la dama que juzgas fiel,  
que es César, y como él,  
al fin vino, vio y venció.

¡En buen cuidado te he puesto!

LUIS: Solos estamos los dos,  
y a los celos, como a Dios,  
se les da la fe muy presto.

Dime lo que en eso sabes,  
no aumentes más mis enojos,  
que en la boca y en los ojos  
no sufre la mujer llaves.

Volverte a amar te prometo  
si aquesto vengo a saber.  
Di, pues paga una mujer  
a quien la escucha un secreto.

ALDONZA: Es verdad; pero no en mí,  
que el saberlo me costó  
mil penas.

LUIS: Páguelo yo  
con tu amor.

ALDONZA: ¿Querrásme?

LUIS: Sí.

ALDONZA: Aunque tu dureza es tal,  
con nueva esperanza llego,  
pues los golpes sacan fuego  
del más duro pedernal.

Digo, pues, escucha.

LUIS: Di.

ALDONZA: Que vine a entrar donde estaba  
tu dama.

LUIS: Ya lo sé; acaba.

ALDONZA: ¿Consientes el nombre?

LUIS: Sí.

ALDONZA: Luego ¿es tu dama?

LUIS: ¿Pues no?

ALDONZA: ¡Y a mí que me paren duelos!

LUIS: ¡Oh! Pues, ¿si repican celos?

ALDONZA: ¡Oh! Pues, si no he de ser yo  
tu dama, cuéntelo ella.

LUIS: Vuelve, espera, que tú eres

entre todas las mujeres.

ALDONZA:     ¿Tu esposa?

LUIS:            Mi prenda bella.

ALDONZA:     Esta dama de ajedrez,  
pues se queda con el nombre,  
y sin el dueño, aunque es hombre,  
que la pagará otra vez.

LUIS:            No haré tal si me ha ofendido.

ALDONZA:     Pues no ha ofendido en verdad,  
que si muestra voluntad  
es el señor su marido;  
que en saliendo de la calle  
tu persona amartelada,  
entró tentando la espada  
otro de tan lindo talle;  
y apenas tocó en la reja,  
cuando la buena señora,  
porque esperaba la hora,  
puesta a sus hierros la oreja,  
le respondió y ordenó  
un diálogo que llamas  
duo de galanes y damas,  
cual le tengamos tú y yo.  
"Alma, vida, corazón,  
quiero, estimo, adoro, amo,  
busco, pido, sigo, llamo;  
ventura, tiempo, ocasión;  
fe, lealtad, constancia, gloria;  
obras, palabras, deseos,"  
y otros gustos y trofeos,  
reliquias de su victoria.

LUIS:            ¡Ay de mí!

ALDONZA:     Mucho más hay  
en su venturosa suerte;  
pídele, pues, a la muerte,  
si tienes celos, un ay,  
que aquesta noche los dos  
tienen, crüel, de gozarse,  
y esotro día casarse  
con la bendición de Dios.

LUIS:           Basta, calla, que aunque veo  
mi desengaño en tu hablar,  
la lengua te he de cortar,  
que puedo más que Tereo.  
    Ni me hables ni veas jamás;  
vete.

ALDONZA:       Harélo; aunque me pesa,  
pues el ave que está presa  
por librarse se ata más.

*Vase*

LUIS:           ¡Oh, tiempo riguroso! ¡Oh, noche aleve  
encubridora del amor tirano!  
¡Oh, quién al ángel que a los cielos mueve  
pudiera detener la diestra mano!  
¡Oh, quién al día, cuyo curso breve  
la sucesora noche sigue en vano,  
le pudiera aumentar mil horas largas,  
por más que á mi temor fueran amargas!  
    Extranjero, ladrón, rico dichoso,  
metal de estima lejos de su origen,  
río a larga corriente caudaloso,  
pues ondas tuyas mi chalupa afligen,  
dinero con mujeres poderoso,  
cuyas arenadas letras vencen, rigen,  
atropellan, subliman, sueltan, prenden,  
dan, quitan, menosprecian y defienden;  
    atrevido, cobarde, avaro, franco,  
maná que a todo sabes, ¿qué me quieres?  
Dinero en reales blancos cuyo blanco  
es al que miran hombres y mujeres,  
si estás como en galera puesto en banco,  
¿por qué me haces remar? ¿por qué prefieres  
a mi amor el de César extranjero?  
Mas ¿quién es natural como el dinero?

*Salen don DIEGO, leyendo una carta, y  
LILLO*

DIEGO: Beso mil veces la amorosa firma  
de aquella mano venerable y santa  
cuya memoria tierna me confirma  
el bien que espero y mi temor espanta.  
"Juana" no más por humildad se firma,  
que es cifra Juana y la abundancia es tanta  
de gracia en Juana, que a su letra vista  
la puede acreditar San Juan Bautista.

LUIS: Mi padre viene y por su edad anciana,  
contrario a mi deseo y verdes años,  
favores busca de la Santa Juana;  
no sé si diga en mi opinión engaños.  
¡Ay de mí triste! Que a su tiempo vana  
produce mi esperanza tantos daños.

LILLO: ¡Y ay de mí! Que he purgado en pie y vestido  
en verso suelto el alma y el sentido.

DIEGO: ¿Quién da voces, que en ellas me parece  
mi caro don Luis?

LUIS: Yo soy, que siento  
de mi fortuna que en desdichas crece  
la fuerza que ha de hacer mi fin violento.  
Muero rabiando, que morir merece  
en tierna edad un loco pensamiento;  
rabiando, pues jamás tendrá ventura  
para gozar del gusto que procura.

DIEGO: Querido hijo, imagen de mi alma;  
calor de mi vejez helada y fría;  
de mis trabajos merecida palma,  
siempre verde laurel, corona mía,  
cuando parece que en serena calma  
navega mi esperanza en quieto día,  
se me obscurece el cielo porque sienta  
cifrada en ese rostro mi tormenta.

De mis hijos, Luis, fuiste el postrero;  
tomó la muerte en los demás venganza,  
quedaste sólo, y como tal te quiero,  
por no tener de otros esperanza.  
Cuando tu atrevimiento considero

como eres tú mi ser y semejanza,  
si quiero castigarte, al punto digo,  
no dice bien amor con el castigo.

Luis, ¿qué tienes? ¿quién te da disgusto?  
No sólo al corazón, al rostro llega.

### *Abrázale*

¿Hate faltado en ocasión de gusto  
Fortuna aleve, que es mudable y ciega?  
Gasta mi hacienda, tu deleite es justo,  
inventa galas, enamora, juega,  
mi amor conoces, mi escritorio sabes,  
saca dineros, ves aquí las llaves;

mas--¡ay de mí!--que en esta carta leo  
otras razones de mayor estado.

La santa Juana culpa mi deseo  
dándome de tu bien mayor cuidado;  
su aviso santo y su prudencia creo,  
que no suele gozarse mal logrado  
el hijo libre, si en edad tan tierna  
su padre no le enseña y le gobierna.

Una cuenta santísima me envía  
porque en el nombre de tan alta cuenta  
me acuerde que he de darla cada día  
de esa tu edad y libertad violenta.

Ea, pues, hijo, cara prenda mía,  
como pasados tus descuidos cuenta  
y vive de manera que tu vida  
no la dejen los vicios mal perdida.

LUIS:       ¡Oh, mal haya mi vida, pues en ella,  
cuando yo rabio tu sermón escucho!  
Quien dio de corta edad larga querella,  
de el mundo y de su ley no sabe mucho.  
¿Tan vicioso soy yo? ¿Tan mala estrella  
me precipita? Con tus quejas lucho,  
y pienso yo cuando me miro y veo  
que aquesa monja me pintó más feo.  
¿Qué cosa hay en el mundo tan cumplida

que no llegue a tener alguna falta?  
El sol hermoso, padre de la vida,  
con un eclipse se obscurece y falta;  
el diamante, en firmeza no vencida  
que con sus rayos los del sol esmalta,  
no está de faltas y malicia ajeno,  
porque, deshecho, sirve de beleno.

La tierra, el agua, el aire, es bueno y malo,  
y ya sirve tal vez un elemento  
de gusto, y da al manjar vida y regalo  
y tal vez de castigo y de tormento.  
Humano soy, por serlo los igualo,  
a uno tendré quejoso, a otro contento;  
soy bueno y malo, ajeno de artificio,  
tendré alguna virtud como algún vicio.

No mida más la monja por su gusto  
los de mi edad, que puede ser que sea  
de esta mi injusta vida el fin tan justo  
que ella le envidie cuando en mí le vea;  
y si no se pretende mi disgusto,  
ni se reciba cuenta ni se lea  
carta de Santa Juana, que es lisonja  
llamarla santa cuando sobra monja.

DIEGO: Ya te debo responder  
a dos cosas. La primera,  
don Luis, porque quisiera  
que mudases parecer,  
es en la estima y respeto  
de Santa Juana, a quien yo  
por ver que le mereció,  
guardarle siempre prometo;  
porque si Naamar me avisa  
que tanto estima y respeta  
la santidad de un profeta  
y aquella tierra que pisa,  
que lleva a su patria de ella  
por reliquia soberana,  
yo estimo a mi Santa Juana  
su tierra y sombra por ella.

Ninguna disculpa salva  
a quien culpa un religioso,  
que suele vengar un oso  
el murmurar de una calva;  
    cuanto y más que si recibes  
por su oración y virtud  
los consejos, la salud  
y hasta la vida que vives,  
    no la debes murmurar,  
porque parecen tiranos  
contra José sus hermanos,  
pues él les lleva el manjar  
    y ellos le venden a él;  
pasión de envidia inhumana,  
y sustenta Santa Juana  
a quien le vende crüel.

LILLO:           ¡Que tantas letras alcance  
y las historias que escucho  
un viejo! Pero ¿qué mucho,  
si hay sermones en romance?

DIEGO:           La segunda cosa es  
que, respetando su nombre,  
agora vivas como hombre  
y como santo después;  
    que si yo te di el consejo,  
no fue por darte pesar,  
sino que quise pagar  
la deuda de padre y viejo.

*Hablan entretanto padre e hijo*

LILLO:           Agora llega mi vez,  
y convertido en doctor.  
si quieres sentir, señor,  
y dar alegre vejez  
    a tu padre, está en mis manos  
su salud y vida. Espera.  
**Récipe:** una purga entera  
de Cubas y sus villanos,

y verás que en pocos días,  
como yo, si a esto te atreves,  
serás un santo si bebes  
purga de bellaquerías  
sin quedar una no más,  
porque hice mil seguidillas,  
más que la cera amarillas,  
y fui poeta por detrás.

LUIS: Padre mío, estoy de suerte  
que no me puedo alegrar,  
y pienso que has de llorar  
por culpa tuya mi muerte  
si no me haces un favor  
y me cumples un deseo.

DIEGO: Dile, hijo, que no creo  
que te le niegue mi amor.

LUIS: César me importa que esté  
por esta noche en prisión.

DIEGO: Pues, ¿cómo o por qué razón?

LUIS: (Buena es la que imaginé.) **Aparte**  
Por las cuchilladas que hoy  
tuvo conmigo a mi puerta.

DIEGO: Poca razón, aunque cierta.  
A darle noticia voy  
a un alcalde amigo mío,  
que, sin mostrar que es hacer  
mi causa, le hará prender  
de justicia.

LUIS: Yo confío  
de tu amor y diligencia  
que me ha de dar este gusto.

DIEGO: Vence, aunque no fuera justo,  
el autor a la conciencia.  
Yo voy.

LUIS: Vamos, Lillo, pues.

LILLO: Pienso que tu mal gobierno  
nos va llevando al infierno  
como recua a todos tres.

*Vanse. Salen MARÍA, monja, y la*

*SANTA*

MARÍA: Doña Ana Manrique está,  
madre, de un mortal dolor  
de costado cual dirá  
esta carta, y con temor

*Dásela*

yo de que está muerta ya.  
Fue de don Jorge mujer,  
y por lo que a los dos debo,  
madre, llevo a interceder  
por ella. A mucho me atrevo  
pero por mí lo ha deshacer.

Escríbele, madre mía,  
que ruegue por ella a Dios  
que es hoy el séptimo día,  
y a mí, por ver que las dos  
nos hacemos compañía.

También me escribe le acuerde  
esto mismo, madre Juana.  
Duélase de la edad verde  
de su devota doña Ana  
que aprisa la vida pierde.

SANTA: Siempre doña Ana Manrique  
con obras y devoción  
me ha obligado a que publique  
su valor y mi afición  
le muestre y le signifique;  
y así yo tendré el cuidado  
que a su mucho amor le debo,  
y Dios será importunado  
de mí, pues siempre me atrevo  
a su llaga de el costado  
en cuya fuente divina  
la experiencia y la esperanza  
salud y vida imagina,  
que aun al dueño de su lanza  
le sirvió de medicina.

En su costado pondré  
el dolor que en él padece  
doña Ana, y Jesús le dé  
la salud que ella merece,  
si no por mí, por su fe;  
que fue mi perseguidor  
don Jorge, y por su persona  
la debo tener amor,  
pues me labró la corona  
de tanto precio y valor.

MARÍA:            ¡Ay madre del alma mía!

Que renueva la memoria  
que de él tengo cada día.  
¿Si está don Jorge en la gloria,  
cómo de Dios se confía?  
Si por ventura padece  
en purgatorio por mí,  
¿qué más la causa merece  
que en este mundo le di?

SANTA:          Dios es quien le favorece.

Vaya y tráigame recado  
de escribir; responderé  
a la carta que me ha dado.

MARÍA:          Favor debido a la fe  
que doña Ana la ha mostrado.

*Vase sor MARÍA*

SANTA:          Sabe Dios cuánto deseo,  
como la madre María,  
saber el dichoso empleo  
de don Jorge desde el día  
que murió, que aunque sé y creo  
que Dios a mi instancia y ruego  
le perdonó, y es notorio  
que ha de gozar su sosiego,  
no sé si en el purgatorio  
aún da materia a su fuego.

*Aparécese un toro, al parecer de bronce,  
echando llamas*

Regalado Esposo mío,  
soy, como mujer, curiosa  
de saber. Ruego y porfío  
que fue el alma venturosa  
de don Jorge; en Vos confío.

*Sacan el toro echando fuego*

Pero ¿qué monstruo de fuego  
de otro Fálaris tirano,  
cielos, turba mi sosiego?  
Laurel, Ángel soberano,  
que os dejéis ver, pido y ruego.

*Sale el ÁNGEL por arriba, después don  
JORGE*

ÁNGEL:           ¿Cuándo fue el enamorado  
de la dama que pretende,  
si llamado importunado,  
pues que viene y condeciende  
luego, a su amor y cuidado?

Aunque yo no he merecido,  
Juana mía, el ser tu amante,  
Dios es por quien he venido,  
y en tu amoroso semblante  
su paje de guarda he sido.

SANTA:           Con la quietud y reposo,  
Ángel mío, que estáis vos,  
sereno el rostro y hermoso,  
bien dice que veis a Dios  
y que le gozáis glorioso.

*Ábrese por un costado el toro y esté*

*dentro Don Jorge*

¡Ay mi Laurel!

ÁNGEL: Muestra aliento;  
mira a don Jorge en sus penas.

JORGE: Vuelve, Juana, el pensamiento,  
que en penas de penas llenas  
excedo al rico avariento;  
mas, por lo mucho que alcanza  
tu oración, de los favores  
de Dios espero bonanza,  
que entre las llamas mayores  
es céfiro la esperanza.

En el purgatorio estoy  
por tu favor y merced;  
pues de mí te acuerdas hoy  
y es tan terrible mi sed,  
piadosas voces te doy

Madre Juana, la ocasión  
tienes de pagar agravios  
con piadoso galardón;  
recrea mis secos labios  
con agua de tu oración.

*Encúbrese*

SANTA: Alma pacífica, en medio  
de tantas penas espera,  
que yo por darte remedio  
estas penas padeciera.  
¡Si hallar pudiera algún medio!

*Baja el ÁNGEL*

ÁNGEL: Basta el deseo que tienes  
para que a don Jorge valga  
la ayuda que le previenes;

por ti querrá Dios que salga  
a gozar, Juana, sus bienes.

SANTA:            ¡Qué bien conoces quién es  
el dueño de aquesa gloria!  
Eres nube de sus pies;  
por mí no encubrió la historia  
de sus ángeles Moisés;  
    mas antes que tu hermosura  
me deje triste y se parta,  
la salud que aquí procura  
doña Ana en aquesta carta,  
Laurel divino, asegura.

ÁNGEL:            ¿Quisieras tú que yo fuera  
y que a doña Ana Manrique,  
salud en su nombre diera,  
por que de tu amor publique  
honra y fama verdadera?

SANTA:            Por mí no; mas por la gloria  
que ha de resultarle a Dios  
de aquesta hazaña notoria.

ÁNGEL:            Vamos a verla los dos;  
será tuya esa vitoria.

SANTA:            ÁNGEL mío, dadme luego  
vuestras alas y favor.

*Sale MARÍA con tinta y papel*

MARÍA:          Madre Juana, tarde llevo,  
si hay tardanza en el amor;  
escriba a Madrid la ruego;  
    mas ¡ay de mí! que la veo  
penetrando el aire puro.  
Goce yo de ese trofeo.  
Alguna prenda procuro  
cual de Elías a Eliseo.  
    Arroje siquiera el velo,  
si Elías arrojó el manto.

SANTA:          Hermana, tenga consuelo,  
no soy digna, ni levanto

por tanto tiempo mi vuelo;  
yo volveré a verla luego,  
que voy a ver a doña Ana.

*Desaparece*

MARÍA: Sin vos no tendré sosiego.  
Yo voy a contarlo, Juana,  
con doce lenguas de fuego.

*Vase. Salen LILLO y don LUIS, como de  
noche*

LILLO: Si va a decir la verdad,  
cosa que no suelo hacer,  
yo no acabo de entender  
tu enredada voluntad.

LUIS: ¿Qué dudas? Pregunta.

LILLO: Escucha.

Cuando hablé a la madre Juana,  
en la cual, con ser humana,  
la divinidad es mucha,  
me dijo un largo sermón  
que te dijese y no digo,  
porque pienso que contigo  
pudiera más un salmón;  
y al fin cifró sus consejos  
con que el hombre es vidrio en todo;  
quíébranse del mesmo modo  
los vasos nuevos y viejos.

No es el concepto muy grave  
a quien no le entiende bien.

LUIS: Yo sí entiendo.

LILLO: Y también  
un tabernero lo sabe.

Volví a Madrid con respuesta  
esta tarde, en ocasión  
que tratabas de prisión

de César. La duda es ésta:  
¿para qué has hecho prender  
este ginovés, que ha dado  
sospechas de que ha quebrado,  
y a quién has venido a ver?

LUIS: ¿Dudas más?

LILLO: ¿No son tres dudas  
el por qué, cómo y a quién,  
y por ser hombre de bien,  
por dudas, no se ahorcó Judas?

LUIS: ¿Prendieron a César?

LILLO: Sí;  
que apenas llegó, un soplón  
a un alguacil motilón,  
no de los graves de aquí.

LUIS: ¿Qué es motilón?

LILLO: Alguacil  
de la villa. ¿Esto no sabes?

LUIS: Pues ¿quién son esos graves?

LILLO: En criminal y en civil  
los alguaciles de corte  
son como más estimados  
..... [ -ados]  
..... [ -orte]  
los de córte, si los pones  
en danza los más honrados,  
maestros y presentados  
y esos son los motilones.

Embolsáronle en la red;  
que una vara pesca ya  
ginoveses.

LUIS: Porque está  
preso te he de hacer merced  
de un vestido.

LILLO: Tal que pueda  
parecer tu mayordomo.  
Fácil es hacerle.

LUIS: ¿Cómo?

LILLO: De tus marañas de seda.

LUIS: Respondiendo a tu pregunta,

digo que él tiene una dama  
hermosa y de mucha fama.

LILLO: Ésa es mucha gracia junta;  
pero pregunto, ¿héisla visto  
por la mañana en ayunas?

LUIS: ¿Por qué?

LILLO: Porque sé de algunas  
que, antes de tomar el pisto,  
la unción, el ajo, el betún,  
el no sé cómo le llame,  
tienen una cara infame  
y un frontispicio común;  
y después de preparado  
de el rostro, alguna mujer  
tiene mejor parecer  
que puede dar un letrado.

LUIS: Basta decir que es muy bella.

LILLO: No basta.

LUIS: Pues ¿por qué no?

LILLO: Quiero contestarme yo,  
si tengo de hablar con ella.

LUIS: Pues por gozar de esta dama  
que pretendo y solicito,  
al ginovés se la quito,  
por más que le quiere y ama,  
porque esta noche tenía  
aplazado el primer bien.

LILLO: Luego, ¿es doncella también?

LUIS: Doncella, por vida mía.

LILLO: Las doncellas de por vida  
se han dado agora en mudar  
en doncellas al quitar.

LUIS: Es doncella y bien nacida.

LILLO: ¿Así que nació doncella?  
Esó aún se puede creer  
de tan honrada mujer  
por tu respeto y por ella.

LUIS: Yo vengo, en fin, a gozar  
esta cesárea afición.

LILLO: Tú vienes a ser ladrón;

Amor te ha de disculpar.  
Dijo un buen entendimiento,  
por cortesano lenguaje,  
que la ocasión tiene un paje  
llamado arrepentimiento;  
porque es forzosa razón  
que se duela y se arrepienta  
cualquier persona que sienta  
que se pasó la ocasión;  
y tú, que en aqueste ensayo  
nadie quieres que te ultraje,  
por excusar aquel paje  
vienes con este lacayo.

LUIS: Calla, que ya en la ventana  
hacen señal.

LILLO: Pues espera,  
que si ella te conociera  
fuera tu esperanza vana.  
Déjame. Llegaré yo,  
y creerá que soy criado  
de César.

LUIS: Bien has pensado.

*Sale a la ventana doña  
INÉS*

LILLO: ¿He de llegar?  
LUIS: ¿Por qué no?  
INÉS: ¡Ce!  
LILLO: De.  
INÉS: ¿Sois vos?  
LILLO: ¿Eres tú?  
INÉS: ¿Es César?  
LILLO: Y caballero  
con seis letras de dinero  
bien venido del Pirú.  
LUIS: ¿Qué dices?  
LILLO: Aún no me ha oído.  
LUIS: Habla como su criado

y no como él.

LILLO: Yo he pecado;  
que pude ser conocido.

INÉS: ¿Quién es?

LILLO: Soy un servidor  
o orinal de César, que  
viene con él, y llegué  
por él hablarla. ¿Señor?

INÉS: No me hables que le está mal  
a mi honor. Entra, que es hora.

LILLO: Ya llega César, señora,  
como un reloj puntual,  
como un reloj concertado,  
como un reloj cuidadoso,  
como un reloj dadivoso  
y como un reloj armado.

LUIS: ¡Mi bien!

INÉS: Entrad, gloria mía;  
gozad, César, la ocasión.

*Vanse*

LILLO: Si es César o Cicerón  
allá lo veréis de día.  
Pero ¡por Dios, que he quedado  
a la luna de Valencia!  
El no entrar fue impertinencia,  
lacayo soy serenado.

Bien me pudiera yo ir  
a acostar, porque mi amo  
no puede, si yo le llamo,  
socorrerme ni acudir.

No me acuerdo que haya santo  
abogado contra el miedo.  
El mejor santo es san Credo  
y si alguien viene san Canto.

*Sale don DIEGO y habla cada una de por sí*

DIEGO: Preso está César, y temo  
alguna gran travesura  
de Luis, que es quien procura  
que esté preso.

LILLO: Por extremo  
tiemblo.

DIEGO: He venido a rondar  
esta calle, por si acaso  
le hallo.

LILLO: Ya siento un paso;  
Judas debe de pasar.

DIEGO: La casa de doña Inés  
pienso que es aquélla; sí.

LILLO: Un bulto negro está allí,  
Mauregato pienso que es.  
Voyme, que es descortesía  
defenderle yo la puerta.

DIEGO: Pues él se va, cosa es cierta  
que no es su casa. Querría  
saber quién es. ¡Hola, hidalgo!

LILLO: No soy hidalgo.

DIEGO: ¿Galán?

LILLO: No soy galán.

DIEGO: ¿Sacristán?

LILLO: No soy sacristán.

DIEGO: ¿Sois algo?

LILLO: No soy nada; que es mejor  
no ser nada en paz que mucho  
en guerra.

DIEGO: Escuchad.

LILLO: Escucho.

DIEGO: ¿Es Lillo?

LILLO: Yo soy, señor;  
y si no supiera yo  
que es mi amo quien me humilla,  
triunfara con la espadilla  
que muchas bazas ganó.

DIEGO: ¿Dónde está Luis?

LILLO: No sé.

DIEGO: Pues, ¿no está aquí?

LILLO: Sí, estará.  
DIEGO: Luego, ¿sabes dónde está?  
LILLO: No sé yo si estará en pie,  
sentado, acostado o cómo;  
porque el amor y Mahoma  
permiten que duerma y coma  
sin decirnos duermo y como.  
DIEGO: No sé si entraré; no es justo  
darle pesadumbre en eso;  
pues su contrario está preso,  
huélguese, siga su gusto.  
¡Ay, Amor, qué mal cumplís,  
las leyes de vuestro honor!  
Mas soy padre, tengo amor,  
y no más que a don Lúís.  
Huélguese, que aunque no es justo  
haberle en esto ayudado,  
más quiero verme culpado  
que verle a él con disgusto.  
Quedaos Lillo.

*Vase*

LILLO: ¡Oh, padre tierno,  
amoroso y tan sufrido  
que, de amor desvanecido,  
llevas tu hijo al infierno!

*Sale don LUIS*

LUIS: ¡Oh, mal haya!  
LILLO: ¿Ya lo escupes?  
¿Tan malo es el bodegón?  
LUIS: En gozando la ocasión  
nunca más la calle ocupes.

*Sale CÉSAR*

CÉSAR: El alcaide, aficionado  
de mi dinero y de mí,  
me da licencia que salga  
por esta noche a dormir  
a mi casa.

LUIS: Gente suena.

LILLO: Si suena será nariz.

¿Si es tu padre?

LUIS: Sea quien fuere,  
vámonos, Lillo, de aquí.

*Vanse don LUIS y LILLO. Sale a la ventana  
doña INÉS*

INÉS: Ya perdido el primer sueño  
será imposible dormir,  
y así quiero ver si César  
se fue ya. ¿No es aquél? Sí.  
César, mi bien...

CÉSAR: Inés mía,  
dichoso he sido en venir  
a tal punto, pues mi amor  
a la reja recibís.  
No sabéis como estoy preso  
por un señor alguacil,  
que es como necesidad  
con cara de hereje al fin.  
Prendióme por causa leve,  
que apenas llegué a reñir,  
sino a mostrar de mi espada  
el toledano buril.

INÉS: ¿Cómo no me lo habéis dicho  
hasta aquí?

CÉSAR: Porque no os vi  
hasta agora.

INÉS: ¿Cómo es eso?  
César mío, ¿qué decís?

CÉSAR: Digo, mi bien, que estoy preso,

y por dineros salí  
esta noche de la cárcel,  
y mi amor vengo a cumplir.  
Mandad, señora, a una esclava  
de quien fiando os servís,  
que, porque espero a la puerta,  
venga más de prisa a abrir.

INÉS:           ¿Qué decís, César?

CÉSAR:                   ¿Qué digo?

¿Qué confusión hay aquí  
de lenguas? Nunca yo os dije  
cosas de amor en latín.

Mandadme abrir; no os burléis.

INÉS:           Si vos no os burláis de mí,  
no os entiendo.

CÉSAR:                   ¿Cómo no?

INÉS:           Pues ¿agora no salís?

CÉSAR:           Sí, señora, de la cárcel.

INÉS:           No, sino de mi jardín,  
donde, en amorosos lazos,  
palabra de esposa os di;  
donde, con atrevimiento  
más que fuera justo en mí,  
Venus matizó las rosas  
de mi mal logrado abril.

CÉSAR:           ¿Qué es lo que decís, Inés?

Yo no soy, porque no fui  
el venturoso ladrón,  
abeja de ese jazmín,  
Otro Paris ha gozado  
lo que a mí me atribuís,  
que no guarda más sus frutos  
el paraíso de Madrid.

INÉS:           Ya, cortesano extranjero  
y desatino gentil,  
te entiendo; ya sé que niegas  
las prendas que yo te di.  
No es este lugar de quejas  
ni he de dar voces aquí;  
mujer soy, si me injuriaste

yo me vengaré de ti.

*Vase doña INÉS*

CÉSAR: Escucha, engañada hermosa;  
mira si fue don Luis  
el ladrón del dulce sueño  
que ha tenido tan mal fin.  
Él es, sin duda ninguna.  
¡Plegue a Dios, si fuese así,  
que marchite y seque el tiempo  
la verde edad de mi abril!  
¡Plegue a Dios no vuelva  
a Italia sin padecer y sentir,  
tormentas donde me anegue  
sin darme ayuda el delfín!  
¡Plegue a Dios que Dios me falte  
si no me vengare en ti  
o matándote o muriendo,  
pues es vengarse el morir!

*Vase. Sale la SANTA sola*

SANTA: ¿No sabremos, cuerpo bajo,  
qué cansancio o aflicción  
os da pena? Mas no son  
ruINÉS para el trabajo.  
¿Diréis que andáis todo el día,  
lo que el coro da lugar,  
ocupado, ya en curar  
monjas en la enfermería,  
ya en los ejercicios santos  
del fregar y del barrer,  
ya en ir al horno a cocer  
el pan para pobres tantos,  
ya en llevar de la obediencia  
el yugo, y querréis decir  
que ya no podéis sufrir

tanto ayuno y penitencia,  
que os dé descanso de hoy más?

¿Y parecerá muy bien  
que, cual los hijos de Efrén,  
volváis la cabeza atrás,  
cuando la victoria espera  
el premio que merecéis,  
y que cansado os paréis  
en mitad de la carrera?

No, cuerpo, hasta la vitoria,  
si la queréis alcanzar,  
todo ha de ser pelear,  
que al fin se canta la gloria.

Quien quiere tener caudal  
cuando el alma se despida  
en el día de la vida  
ha de ganar el jornal  
que en la noche de la muerte,  
como el jornalero, cobra;  
que no ha de alzar de la obra  
hasta la noche el que es fuerte.

Caminad, que se apresura  
la noche, y si tenéis cuenta,  
a vista estáis de la venta,  
si es venta la sepultura;  
si viene el cansancio,  
echalde, y anímeos el interés  
por que no os digan después  
que tomáis el pan de balde.

*Salen la VIRGEN, nuestra señora, y el  
niño JESÚS, el ANGEL y otro ANGEL arriba. Toquen  
chirimías*

VIRGEN: ¡Juana!

SANTA: Virgen amorosa,  
luna, sol, palma en cadés,  
plátano, cedro, ciprés,  
lirio, clavellina, rosa.

JESÚS:            ¡Dulce esposa!  
SANTA:            Eterno amante,  
                    David, Salomón, Asuero,  
                    hombre Dios, león, cordero,  
                    pastor, Rey, niño, gigante,  
                    siempre he de subir a veros,  
                    amor, con santa ventaja.

JESÚS:            Ansí ensalzo al que se abaja.  
SANTA:            Amores son verdaderos.  
JESÚS:            ¿Qué haces?  
SANTA:            Reprender,  
                    mi Dios, un cuerpo holgazán  
                    que, comiendo vuestro pan,  
                    la carga deja caer  
                    que la religión encierra;  
                    pero como fue formado  
                    de tierra y está cansado,  
                    no hay quien le alce de la tierra.

VIRGEN:           ¿Quiéreste, Juana, venir  
                    con nosotros?  
SANTA:            Si ha de ser  
                    el ir para no volver,  
                    no tengo que prevenir;  
                    todo, reina soberana,  
                    está a punto; vamos luego.

JESÚS:            A mi celestial sosiego  
                    irás brevemente, Juana;  
                    ruegos de tus monjas son  
                    los que hasta aquí han impedido  
                    tu muerte.

SANTA:            Tu amor ha sido,  
                    mi Dios, larga dilación  
                    de este destierro pesado;  
                    y siendo, Señor, ansí,  
                    con David diré, "¡Ay de mí,  
                    que me le habéis prolongado!"  
                    Pero, amores, ¿dónde bueno  
                    vais, que así me convidáis?

JESÚS:            A recrearte.  
SANTA:            Bien dais,

amoroso nazareno,  
muestras que es vuestro blasón  
el amor que aquí os envía.

JESÚS: Ven.

SANTA: En vuestra compañía  
todo será recreación.

Dejadme, mi Dios, besar  
estos soberanos pies,  
porque a los vuestros después,  
Virgen, me pueda postrar.

JESÚS: ¡Ay prenda cara, y qué de ello  
te quiero!

SANTA: ¡Qué tal escucho!  
¡Ay mi Dios!

JESÚS: ¿Quiéresme mucho?

SANTA: Mucho.

JESÚS: ¿Cuánto?

SANTA: Tanto de ello.

JESÚS: Pídeme mercedes.

SANTA: Pido  
dos cosas no más, mi Dios;  
mas siendo tan largo Vos  
corta en el pedir he sido.  
Un muerto y un vivo son  
los que por intercesora  
me han puesto, y de Vos agora  
tienen de alcanzar perdón.  
El alma, Esposo divino,  
de don Jorge está penando  
y entre llamas apurando,  
como metal rico y fino,  
los quilates de aquel oro  
que en vuestra mesa ha de estar;  
yo le vi, Señor, penar  
dentro de un ardiente toro,  
con un tormento excesivo;  
alcance yo de estos pies  
que esté ya libre.

JESÚS: ¿Quién es  
el segundo?

SANTA: Un muerto vivo;  
muerto en vicios vino al mundo.  
Es, mi Jesús, don Luís,  
y si Vos le reducís  
tendréis un Saulo segundo.

JESÚS: Hijo que desobedece  
a su padre, Juana mía,  
y en sus pecados porfía  
obstinado, no merece  
mi perdón.

SANTA: Sí, sí, mi Dios,  
que es mi devoto su padre;  
pues sois su divina Madre,  
Virgen, pedídselo vos.

VIRGEN: Hijo, a cosa que os suplica  
Juana, no digáis de no.

JESÚS: Madre, no sea; cesó  
mi enojo.

SANTA: Ya quedo rica.

JESÚS: Yo haré que, cual otro Saulo,  
si a la virtud hace guerra,  
caiga don Luis en tierra  
y imite después a Paulo.

SANTA: ¿Y de don Jorge, Señor?

JESÚS: Por ti, Juana, le perdono.

SANTA: Vuestro eterno amor pregono.

JESÚS: Hoy a mi eterno favor  
subirá.

SANTA: ¿Qué, por los dos  
tal favor se me concede?

VIRGEN: Sí, que todo aquesto puede  
Juana de la Cruz con Dios.

*Toquen chirimías, y vanse  
todos*

**FIN DEL ACTO SEGUNDO**

## ACTO TERCERO

*Salen don DIEGO, don LUIS y LILLO*

DIEGO: Seguro estás, hijo ingrato,  
de que no culpe y condene  
tu injusto y vicioso trato.  
Porque mi lengua no tiene  
palabras, no te maltrato.

Será tu culpa mayor  
no hallarse castigo igual  
en palabras ni en rigor,  
que aun no sé decir el mal  
que sabes tú hacer mejor.

Tus vicios me han retirado  
de Madrid, y la prisión  
fingida, el amor pasado;  
no estoy como Cipión  
con más honra desterrado,  
sino por vicios ajenos,  
por necesidad, jamás  
honrosa para los buenos;  
no sabré decirte más  
ni tú sabes hacer menos.

LUIS: ¡Con sermones cada día,  
sin por qué ni para qué!  
¡Oh, qué enfadosa porfía!  
¿Estoy yo falto de fe,  
o he venido de Turquía?  
¿Qué he hecho yo que no sea  
lo que un caballero mozo  
si no es cartujo desea?  
¿Qué quieres? Mis años gozo  
como mi edad los emplea.  
¿He sido yo, cual Nerón,  
que quiso mudar el ser

por variar el afición?  
Querer bien a una mujer  
es marca de discreción.

LILLO: Y a dos y a tres y a tres mil,  
y a cuantas el mundo abarca;  
sea hermosa, noble, vil,  
no es culpa mayor de marca  
y no es marca de gentil.

LUIS: ¿Tú predicas?

LILLO: ¿Y te pesa?  
¿Qué motilón no aprendió  
a echar también su traviesa,  
y si en el púlpito no,  
predica sobre una mesa?

DIEGO: Como todos en mi casa  
de tus daños participan,  
y toda por ti se abrasa,  
los que pueden se anticipan  
a llorar el mal que pasa;  
como has jugado y perdido  
la hacienda, que es sangre y vida,  
cualquiera será atrevido  
a culparte de homicida,  
pues tu flaqueza ha sentido.

LUIS: Ya jugué, ya se perdió;  
también se pudo quemar  
la hacienda.

LILLO: ¿Y no se quemó?

LUIS: La hacienda es para gastar,  
que para guardarla no.  
Ninguna moneda es buena  
no más que para dar peso  
a un arca pesada y llena;  
si no ha de servir más de eso  
bien puede henchirse de arena.

LILLO: Eres leído; ese ardid  
usó con agüelos míos  
o tuyos mi agüelo el Cid,  
mas no consiente judíos  
guardosos nuestro Madrid,

que el señor Lercio, el pobre,  
gasta más de, lo que tiene  
y el tercio antes que le cobre;  
y al guardoso le conviene  
prestar de lo que le sobre.

DIEGO: No alabo yo de prudente  
a quien detuviese un río  
y guardase la corriente:  
ese fuera desvarío,  
pues corre continuamente.

Coger la que es menester  
y la demás agua pase,  
pues hoy vendrá como ayer.  
Quien tiene renta no tase,  
guarde ni estreche el poder,  
que los ríos y los juro  
corren siempre, están sus dueños  
de la agua y renta seguros,  
y no han de ser más pequeños  
sus gastos, ni ellos más duros;  
pero es necio el que a la fuente  
del río y de la hacienda,  
deshace y rompe y no siente  
que, cuando después pretenda  
agua y río, no hay corriente.

Mis posesiones vendí;  
ya no tengo posesión  
ni buena esperanza en mí;  
retíreme a Torrejón,  
mi sepulcro tendré aquí;  
éste has querido dejarme  
que no le vendes jamás,  
y no ha sido por honrarme,  
mas porque no viva más  
ni falte donde enterrarme.

LUIS: Déjame ir. ¿Qué galera  
es ésta? ¿No basta el remo,  
sino atado al banco?

DIEGO: Espera.

LUIS: ¿Cómo he de esperar, si temo?

Déjame esconder siquiera;  
son mis costumbres feroces,  
mi vida áspera e inculta;  
si por fiera me conoces,  
la fiera luego se oculta  
que siente pasos y voces.

¿No hay Indias? Italia y Flandes,  
¿no pagan sueldo al soldado?  
Que vuelva, pues, no me mandes,  
que en mis males he juzgado  
verte y oírte por grandes.

DIEGO: Escucha, que ya el temor  
de padre que te castiga  
quiere aplacar el rigor,  
aunque se murmure y diga  
que soy vasallo de amor;  
que de mi pasión arguyo  
que alma y vida perderé;  
pues gusto, aunque es malo el tuyo,  
no sólo que digan que  
*esclavo soy, pero cuyo.*

Si con honrosas ventajas  
siguieras en una impresa  
el ronco son de las cajas,  
que el honor que se interesa  
ilustra personas bajas,  
eso, Luis, ¿por qué no  
pudiera ser? Que soldado  
honoraras a quien te honró;  
mas irte desesperado  
*eso no lo diré yo.*

Espera y pretenderé  
en Madrid alguna plaza  
honrosa que el rey te dé,  
porque con industria y traza  
se alcanza lo que hoy se ve.

El rey me la prometió.  
cuando le anduve sirviendo,  
y para ti diré yo  
que la plaza, Luis, pretendo,

*que cuyo soy me mandó.*

Cuando, después, victorioso  
volvieses y acrecentado  
con algún oficio honroso,  
no pagues lo que te he dado;  
gózalo tú y sé dichoso,

que aunque es de tu padre y tuyo  
el bien, ni aun correspondencia  
de tu ingrato pecho arguyo,  
y así yo le doy licencia  
*que no diga que soy suyo.*

LUIS: Suéltame el brazo, que entiendo  
que es del mar y que me anega.

### *Derríbale*

DIEGO: Con nueva razón me ofendo,  
y ya mi pasión es ciega  
si vengarme no pretendo.

Apartas con tanta ira  
de tus brazos mi flaqueza  
que he caído; ¿no te admira  
que está a tus pies tu cabeza,  
y que Dios te escucha y mira?

LUIS: El viejo es fruta madura,  
cáese ella misma y se pierde.

DIEGO: Es verdad, y más segura  
y más dulce que la verde  
y más tan amarga y dura.

La misma comparación  
puso alabando a los viejos,  
aquel prudente Catón,  
que en sus maduros consejos  
hay salud, gusto y sazón.

LUIS: Pues cuando la fruta verde  
está en almíbar süave,  
amargura y daño pierde,  
y así hay mancebo que sabe  
más de que algún viejo acuerde.

Más discreto soy que vos.

*Dale con el pie y vase don LUIS*

Levantaos y pasaré,  
que no cabemos los dos  
en el mundo.

DIEGO:                   Llega el pie  
que abrasen rayos de Dios.

    Por el pie aleve y escala  
este ya violado templo  
donde tu pie se señala.  
Dios le corte para ejemplo  
de quien en culpas te iguala.

    Bien haces, traidor; levanta  
contra mí, pues yo la he hecho,  
esa mal trazada planta,  
cuyo edificio deshecho  
deje la venganza santa.

*Salen los pastores, CRESPO, BERRUECO, y MINGO*

CRESPO:           ¿Voces, clamores, ruido  
y salir echando chispas  
don Luis? Desgracia ha habido.

BERRUECO:    ¡O que le piquen avispas;  
que es un bárbaro atrevido!

    Pero ¿no ves cómo está  
levantándole del suelo  
Lillo al viejo?

MINGO:                   Entremos ya.

CRESPO:       ¡Oh, malos truenos del cielo,  
que quemén al que se va!  
    ¿Qué es esto, señor?

DIEGO:                   No fue,  
no tiene ser el pecado.

BERRUECO:    ¿Quién os derribó y por qué?  
Que él se verá derribado

de Dios si le asienta el pie.

DIEGO: No quiero que se alborote  
Torrejón.

CRESPO: Pues ¿de eso dudas?  
Es un Judas Iscariote  
don Luis, y mató Judas  
al padre con un garrote.

LILLO: No hay quien a contar acierte  
lo que hoy ha sufrido el cielo.

DIEGO: Ya fragua un rayo más fuerte.  
Voy a quien me dé consuelo,  
que es Juana en mi adversa suerte.

*Vanse don DIEGO y LILLO*

CRESPO: No viniera un ciego aquí,  
y otras veces son prolijos,  
y rezaran, Mingo, así,  
"Padres, los que tenéis hijos,  
criadlos bien, porque sí."  
Mas volvámonos, compadre,  
porque mi niña quedó  
muriéndose, y ya sin madre  
quedará, y quedaré yo  
sin un perro que me ladre.

*Sale CÉSAR*

CÉSAR: ¿Por qué, si sabéis, amigos,  
le lleva así a los hombros  
Lillo a su amo?

CRESPO: Hay testigos  
que vieron con mil asombros  
de venideros castigos  
que don Luis le derribó  
y dio con el pie al volver  
a su padre, y le dejó;  
que es víbora y quita el ser

al dueño que se le dió.

CÉSAR: No creo yo de don Luis  
esa nueva mentirosa.

CRESPO: Muy en su favor venís.

CÉSAR: Don Luis no hiciera cosa  
tan buena como decís.

MINGO: ¿Esto es bueno?

CÉSAR: En la ocasión,  
porque maltratar al padre  
de tan mal hijo es razón,  
y en dar la muerte a su madre  
fue justísimo Nerón;  
que quien tal monstruo parió  
merecido premio fue  
morir por él cual murió,  
y es justo poner el pie  
en quien tal monstruo crió.

CRESPO: ¡Andaos a plomosías!  
Vamos, mi niña veremos,  
que son al fin cosas mías.

*Vanse los tres PASTORES*

CÉSAR: Siguiendo al fin tus extremos,  
honor, al campo me envía.

Aquí dicen que ha venido  
mi enemigo don Luis;  
si os tiene tanto ofendido,  
César, A tiempo venís  
que todo lo halláis vencido.

A don Luis no conviene  
temer, que eso mesmo le ata  
las manos; vencido viene,  
que quien su padre maltrata  
cierta la desdicha tiene.

Y si pensaba Caín,  
muerto ya su hermano Abel,  
con ser menos culpa, en fin,  
que la tierra iría tras él

hasta darle un triste fin,  
en don Lüis que dice o piensa  
que está mi espada envainada,  
mejor vengaré mi ofensa  
estando contra él la espada  
de Dios alzada y suspensa.

*Sale la SANTA sola*

SANTA: Albricias, alma mía,  
que ya de vuestro bien se acerca el día,  
y el destierro cumplido  
que ausente de la patria os ha tenido,  
el soberano Esposo  
llamándoos a su tálamo amoroso,  
con música os convida  
a eterna paz, a enamorada vida,  
al néctar de su vista deleitoso,  
al real palacio, a la tranquila casa  
donde no llega el mal ni el bien se pasa.  
Con el salmista hebreo  
cante, cual cisne, amor, vuestro trofeo;  
decí a vuestro querido,  
"Alegre estoy, mi Dios, de lo que he oído,  
dichosa habitadora  
seré de la ciudad donde el bien mora;  
ya se pasó el invierno  
ya se acerca el abril y el mayo tierno  
que el cierzo no marchita ni desflora.  
Jerusalén, tus calles infinitas  
veré empedrar de jaspe y margaritas."

*Sale el ÁNGEL*

ÁNGEL: Juana: ¿qué nuevo canto  
te iguala al cisne?

SANTA: ¡Ay, mi custodio santo!  
¡Ay mi laurel divino,  
mi guarda compañero y mi padrino!

Del contento que encierro  
pedí albricias. Alzáronme el destierro.  
Mañana, ángel, mañana,  
veré con vos la patria soberana  
rotos los grillos del pesado hierro  
que Adán echó a los hombres, de tal suerte,  
que no hay romperlos otro que la muerte.

ÁNGEL: La invención sacrosanta,  
mañana, de la Cruz celebra y canta  
todo el mundo, y en ella  
te quiere Dios llevar a su Sión bella.  
En semejante día  
naciste al mundo para su alegría,  
el hábito tomaste  
y en este santo día profesaste.  
Juana eres de la Cruz, pupila mía,  
la Cruz adoras y en su día subes  
pasando estrellas y pisando nubes.

SANTA: Para tan grande fiesta  
como me ofrece amor y Dios me empresta,  
cuando mi bien señalas,  
laurel divino, vuélveme mis galas;  
mi guardajoyas fuiste,  
la púrpura que el mismo Dios se viste  
de la cruz y los clavos  
que dieron libertad a sus esclavos,  
y la corona que guardar quisiste  
me puedes, Ángel, dar, porque con todas  
pueda subir a celebrar sus bodas.

ÁNGEL: La cruz de Cristo, dama,  
está a la cabecera de tu cama;  
los clavos y corona  
que el reino de tu Esposo y bien pregona  
por único monarca,  
guardadas tengo, Juana mía, en el arca  
de tus joyas divinas,  
donde tienes cilicio y disciplinas,  
y otra prenda de amor que en cuanto abarca  
el sol no la hay más rica ni más bella,  
en el arca te espera; corre a vella.

SANTA:       ¿Qué prenda es, Ángel santo,  
                  la que me da mi Esposo y vale tanto?  
ÁNGEL:       No vale Dios más que ella.  
SANTA:       ¡Ay prenda soberana! ¡Ay joya bella!  
                  ¿Y en el arca encerrada  
                  la tiene Dios?  
ÁNGEL:                 En ella está guardada.  
SANTA:       ¿Qué joya es, Ángel bello?  
                  Decidlo, que me muero por sabello.  
ÁNGEL:       Para que tu alegría sea doblada  
                  no lo sabrás por más que lo deseas  
                  hasta que abriendo el arca tu bien veas.

*Vase el ÁNGEL*

SANTA:       Albricias, madres mías,  
                  tocad a fiesta; haced mil alegrías,  
                  venid cantando todas  
                  veréis la joya de mi amor y bodas.  
                  ¡Ah, arca soberana!  
                  ¿Por qué no vas a verla, indigna Juana?  
                  Alegraos, cielo, tierra,  
                  por la joya que Dios en mi arca encierra,  
                  por lo que en ella mi ventura gana.  
                  Madres, vengan, verán mi prenda rica,  
                  pues sólo es bien el que se comunica.

*Salen MARÍA, monja, y otra MONJA*

MARÍA:       Madre: ¿qué voces son éstas?  
SANTA:       Si vieran lo que me ha dado  
                  mi divino enamorado,  
                  hicieran conmigo fiestas.  
                  ¡Oh, qué prendas manifiestas  
                  tengo, madres, del amor  
                  de mi divino Señor!  
                  ¡Oh, qué joya tengo entre ellas  
                  que aventaja a las estrellas

en belleza y resplandor!

MARÍA:           ¿Dónde está? Vámosla a ver,  
sí nuestro amor lo merece,  
que, pues tanto la encarece,  
notable debe de ser.

MONJA 1:       Pues ¿no podremos saber  
qué joya es?

SANTA:           No lo sé yo,  
madres, que quien me la dió  
decírmelo no ha querido,  
porque el bien no prevenido  
en mucho más se estimó.

*Descúbrese una arquilla curiosa sobre una  
mesa*

Pero, pues el arca es ésta  
o, por mejor decir, zona  
de los clavos y corona  
que son galas de mi fiesta,  
hoy he de hacer manifiesta  
a todos la dicha mía,  
y la joya que me envía  
mi Dios les he de mostrar  
por que puedan celebrar  
justamente ml alegría.

Hinquen las rodillas todas.

*Híncanse*

MONJA 1:       ¿Qué será?

MARÍA:           Nuevos favores  
de Dios, cada vez mayores.

SANTA:       Centro feliz que acomodas  
las ventas de nuestras bodas;  
velo hermoso, aunque pequeño;  
depósito de el empeño  
que el amor ha puesto en ti;

nave, que del Potosí  
trae riquezas de mi dueño,  
    haz manifiesto el tesoro  
que apetece mi deseo;  
fe tengo, con ella creo  
lo que sin ver en ti adoro;  
salga de su mina el oro  
que a mi ventura prevengo,  
que, pues a gozarle vengo  
sin saber lo que es diré,  
"Tan rica estoy que no sé,  
gran Señor, lo que me tengo."

*Ábrese el arca y sale entre nubes doradas el  
Santísimo Sacramento*

Pero ¡ay cielos! ¿Qué ventura  
es ésta?

MARÍA:                    ¡Milagro extraño!  
SANTA:        Pan que fertiliza el año

*Toquen poco*

de la celestial hartura;  
maná de eterna dulzura,  
blanco que señala Juan,  
medalla de amor galán,  
pues a mi arca habéis venido,  
diré que habéis proveído,  
mi Dios, el arca del pan.  
    Mas, decidme, Esposo amado,  
¿a qué a mi arca venís?  
¿De qué enemigos huís,  
que os acogéis a sagrado?  
¿Si porque os he celos dado  
os escondéis para prueba  
de mi amor? Ya sé que os lleva  
a que acechéis almas fieles

por ventanas y cancelas,  
mas por arca cosa es nueva;  
mas como parto mañana  
a la patria de la vida  
prevenísme la comida,  
providencia soberana.

*Aparécese el ÁNGEL junto al arca  
detrás de ella*

ÁNGEL: Esta forma, amada Juana,  
comulgó un hombre en pecado  
que está muerto y condenado,  
y saliendo de él se vino  
a tu poder.

SANTA: ¡Qué divino  
favor! ¡Qué tierno bocado!  
Con tan divinos despojos,  
¿quién me iguala, laurel santo?

MONJA 1: Llena de amoroso llanto  
estoy.

SANTA: Fin de mis enojos,  
pan de leche, pan con ojos  
vos cumplisteis la esperanza  
de mi bienaventuranza;  
mañana os comulgaré  
y la gloria alcanzaré,  
pues llevo en vos la libranza.

*Toquen poco. Encúbrese el Ángel y el  
arca*

MONJA 1: Llena de confusión santa  
voy.

MARÍA: ¡Que tanto Dios regale  
un alma! La luz que sale  
de su hermoso rostro es tanta  
que nos deslumbra y espanta.

MONJA 1: Con tal reverencia quedo,  
que no oso hablarla, aunque puedo

MARÍA: ¿Quién su dicha no pregona,  
dándote Dios tal patrona,  
reino ilustre de Toledo?

*Vanse las MONJAS*

*Salen los pastores, CRESPO, BERRUECO y  
MINGO*

CRESPO: Si no me la resocita  
yo me ahorco, madre Juana

SANTA: ¡Oh hermanos!

CRESPO: Firmeza hermana;  
y mos ama, no permita  
tal desgracia.

SANTA: Pues ¿qué ha sido?

CRESPO: Mis pecados deben ser.  
Cenó mi Elvirilla ayer  
unos berros, que han urdido  
mis penas, que tiene tacha  
de comerlos. Socedió  
--¡ay Dios!--que la dije yo,  
"No comas berros, mochacha."

SANTA: ¿Y pues?

CRESPO: Comió un amapelo  
entre los berros, y luego  
tomó las de Villadiego  
y afufólas para el cielo,  
que acá mos solos tenía;  
era sola y viudo yo,  
que Mari Crespa murió  
dicen que de hipocresía.

BERRUECO: De hidropesía diréis.

CRESPO: Sea lo que huere, en fin;  
ella heredaba un mastín,  
seis gallinas y otros seis

pollos, un majuelo, un banco,  
un barbecho y un rastrojo;  
un buey, aunque tuerto y cojo;  
un asno sin cola y manco,

una cama, un arambel  
con la historia de Tobías  
cuando al gigante Golías  
mató junto a Peñafiel,

y otras cosas, que só rico.  
¡Mirad vos qué hemos de her  
sin hijos y sin mujer  
el buey y yo y el borrico!

Dadle vida, que es afrenta  
que de comer ensalada  
muera una mujer honrada  
sin estar calenturienta.

Si la matara el dotor  
entre los más que ha matado  
que, aunque necio, es licenciado,  
dírame menos dolor;

que, en fin, el puebro y alcalde  
le pagamos y hace bien,  
en matarnos, que no es bien  
que le paguemos de balde;

mas un amapelo crüel  
no es bien. Sanad mi dolor,  
que se correrá el dotor  
de no haberla muerto él.

SANTA: No seáis tan malicioso.

CRESPO: No es malicia hablar verdad.

### *Sale don DIEGO*

DIEGO: Madre, estos labios honrad  
con esos pies; vergonzoso  
vengo y con razón a vos  
por no tomar los consejos  
que, en ser vuestros, son espejos  
de la claridad de Dios.

SANTA: Señor don Diego: no es  
aquese vuestro lugar.

DIEGO: No os oso al rostro mirar,  
y así me postro a los pies.  
Un hijo que a intercesión  
vuestra, madre, Dios me ha dado  
y por haberse criado  
con la santa educación  
vuestra en su tierna niñez,  
imaginé que aprendiera  
virtudes, con que me diera  
después alegre vejez;  
con las alas que mi amor  
le ha dado, la libertad  
de su loca y moza edad,  
el poco freno y temor  
que rompe y desprecia ya,  
tan en mi daño ha salido  
que, si la culpa he tenido,  
la pena él mismo me da,  
por darle yo larga rienda.  
A tal extremo ha llegado,  
que habiendo desperdiciado  
la honra con el hacienda  
que le di como indiscreto  
y él no supo disponer,  
por no tener que perder  
viene a perderme el respeto;  
aconsejástesme vos  
con tiempo que no le diese  
tanta licencia y temiese  
la estrecha cuenta de Dios.  
Pudo más su amor conmigo;  
por su causa a Dios dejé,  
y así quiere que me dé  
él mismo, madre, el castigo.

SANTA: Y es razón, que a quien el yugo  
de Dios por sus gustos trueca  
sea el mismo por quien peca,  
señor don Diego, el verdugo;

que no por ser don Lúis  
vuestra sangre era razón  
no enfrenar su inclinación;  
que la sangre, si advertís,  
con ser la vida y substancia  
del cuerpo y más excelente  
humor, la saca el prudente  
cuando daña su abundancia.

Cuando los límites pasa  
un hijo y la ley de Dios,  
sacad esa sangre vos  
y echadla, señor, de casa,  
que, si no es por este medio  
y no os permitís sangrar,  
mal os podremos curar  
ahora que no hay remedio.

A mi Esposo he suplicado  
que de don Lúis y vos  
se duela. Es todo amor Dios;  
su real palabra me ha dado  
de enfrenar su juventud.  
Vos le pudierais sanar,  
que no siempre se ha de dar  
por milagro la salud;  
pero, como escarmentéis,  
explicaréselo ahora.

DIEGO: Si vos sois mi intercesora,  
madre, ¿qué no alcanzaréis?

CRESPO: ¿Y mi hija, madre Juana?

SANTA: A mi Esposo celestial  
rogaré.

CRESPO: Ya olerá mal;  
ruégueselo presto, hermana.

### *Sacan la NIÑA muerta*

SANTA: Dos padres piden, mi Dios,  
a vuestro amor excesivo  
por dos hijos: uno vivo



con libertad se condena,  
que no ha de haber quien me note  
en eso.

MINGO: Yo haré un azote  
que de docena en docena  
los sacuda.

CRESPO: Voy a dar  
tierra a Elvira.

BERRUECO: ¡Oh, quién pudiera,  
porque mujeres no hubiera,  
cuantas viven enterrar!

*Vanse. Salen LILLO y don LUIS*

LILLO: Tamañito estoy, que un niño  
me meterá en un zapato.  
Yo, señor, ya no te riño,  
que quien tiene tan mal trato  
no ha menester más aliño;  
pero no quiero que venga,  
sobre ti un rayo de Dios,  
y estando yo cerca tenga  
en que entender con los dos.  
Voyme, por fin de mi arenga;  
dos amos de malos tratos  
bastan, que el temor me amansa;  
no quiero terciar contratos  
de amor, que el diablo se cansa,  
dicen, de romper zapatos.

LUIS: Ya te habías de haber ido.

LILLO: No pagas; porque me pagues  
lo que debes me despido.

LUIS: Mira, Lillo, no me estragues  
la paciencia.

LILLO: ¿Hete servido?

LUIS: Sí.

LILLO: ¿Hasme pagado?

LUIS: Sí y no.

LILLO: Dime tú esa adivinanza,  
porque no la entiendo yo.

LUIS: Ya te pagué en esperanza,

que alguno en ellas pagó.

LILLO: ¿Dísteme otra cosa?

LUIS: Sí;

más de dos bellaquerías  
que has aprendido de mí,  
y valen en estos días  
las indias de un Potosí.

Pregúntale a la riqueza  
por qué comunica menos  
con los hombres de nobleza  
o ingenio al fin, con los buenos,  
que ellos tienen más probeza,  
y responderá al momento,  
porque de mentira, engaño  
y maldades me sustento,  
y nunca sabe hacer daño  
el de noble entendimiento.

Luego, si yo te he enseñado  
enredos, mentiras mías,  
traza de rico te he dado,  
y en moneda que estos días  
vale y corre té he pagado.

LILLO: Pues no pasa esa moneda  
en Torrejón.

LUIS: ¿Por qué no?  
Bien hay quien trocarla pueda,  
que siempre el engaño halló  
quien sus mentiras hereda.

LILLO: Mis miembros que están desnudos  
no admiten estas razones,  
que engaños no son escudos.

LUIS: Son con dos caras doblones.

LILLO: Pues págame tú en menudos,  
o haré a la justicia alarde  
del tiempo que te he servido.

LUIS: Vete, villano cobarde,  
que desde aquí te despido.

LILLO: Ya llegó el despido tarde;  
que yo [ya] me despedí.  
¡Que éste es el blasón que saco!

LUIS:        ¡Por Dios si paras aquí!  
LILLO:        Más vale servirme a mí  
              para servir a un bellaco.

*Vase. Habla la voz de un ALMA  
dentro*

ALMA:        Hombre.  
LUIS:        El paso, la persona,  
              el movimiento, la voz,  
              todo pienso que pregona  
              temor que lengua feroz  
              el aire denso inficiona.

*Sale un ALMA, de galán*

ALMA:        ¡Hombre!  
LUIS:        Aunque dices mi nombre,  
              y tú pareces lo mismo,  
              me das causa que me asombre  
              y esté en un confuso abismo,  
              viendo que me llamas hombre,  
              y bien me puedo ofender  
              porque hombre sólo es afrenta,  
              pues no dice más del ser  
              y otro cualquier nombre aumenta  
              valor, hacienda y poder.  
ALMA:        Como vos no tenéis más  
              de ser hombre el ser desnudo  
              sin el bien que los demás,  
              hombre os llamé y temo y dudo  
              que no lo fuistes jamás.  
              Cuando deshecha se ve  
              y borrada una pintura,  
              para dar noticia y fe  
              de ella, escribirse procura  
              su nombre y quién ella fue;  
              y así, hombre, no os asombre

que siendo imagen de Dios  
borrada, que aun no sois hombre,  
porque os conozcáis en vos  
de hombre os dé sólo el nombre.

LUIS:           Como crecen los agravios  
va creciendo en mí el temor.  
Decid, pensamientos sabios,  
¿cómo no siento valor  
en el pecho ni en los labios?  
    ¿Yo, cuanto más ofendido,  
    más temeroso y turbado?  
¿Qué nueva mudanza ha sido?  
¿Quién eres? No te he llamado  
hombre, ni lo has parecido;  
    porque un hombre igual a mí  
solo y con armas iguales  
no le temiera yo ansí.

ALMA:           Aunque mienten las señales,  
no soy cuerpo, un alma sí;  
    un amigo y el más cierto  
vuestro fui.

LUIS:                   ¿Qué fugitivo  
temor mi rostro ha cubierto?  
¿Quién eres, que entierra el vivo  
su memoria con el muerto?

ALMA:           Soy don Juan, el que en la corte  
en tierna edad y con vos,  
hice de mi gusto el norte.

LUIS:           Amigo caro,--¡por Dios!--  
que tu rigor se reporte.  
    Y dime: ¿en qué parte estás?  
    ¿entre almas gloriosas?

ALMA:                   Menos.

LUIS:           ¿Entre condenados?

ALMA:                   Más.

LUIS:           ¿En el purgatorio? Buenos  
indicios de fe tendrás.

ALMA:           Allí estoy por atrevido,  
por libre, por descortés  
a mi padre.

LUIS:                   ¿Y ha tenido  
muchas penas quien lo es,  
alma, porque yo lo he sido?

ALMA:                Tantas tengo, que al momento  
me acordé de vos y quise  
daros algún sentimiento,  
y aunque no dejan que avise  
su gente el rico avariento,  
yo, que en más noble lugar  
estoy, por la Santa Juana  
os he venido a avisar,  
que experiencia soberana  
y memoria os pienso dar.

LUIS:                ¿Es tan grande e inhumano,  
como el fuego del infierno  
el del purgatorio?

ALMA:                Hermano,  
aunque regalado y tierno,  
llegad la vuestra a mi mano.

*Danse las manos y sale de ellas una llama de  
fuego*

LUIS:                ¡Ay, que me abraso y me quemó,  
no sólo la mano y palma,  
sino el alma! Morir temo.

ALMA:                ¡Hombre, que os avisa un alma!  
Mudad el vicioso extremo.

*Vase*

LUIS:                Mano de fuego, esperad,  
no os apaguéis; mas por Dios,  
que con la luz que dais vos  
descubro yo una verdad,  
pero no tanta crueldad,  
aunque es venganza forzosa,  
haced dos luces piadosa;

sed justa viendo propicia,  
misericordia y justicia,  
que una sin otra es dañosa.

Dios mío, este fuego labra  
nueva vida; desde luego  
pondré la mano en un fuego  
que he de cumplir mi palabra.  
Vuestro tesoro se abra  
de gracia, a quien llevó aquellos  
pecados por los cabellos,  
que yo no puedo, mi Dios,  
ir con ellos yendo a Vos,  
ni sin Vos librarme de ellos.

Vayan arrastrando, lleguen,  
pues llevo en la mano luz,  
al Rojo mar de la cruz  
donde se limpien y aneguen.  
Ningunos respetos nieguen  
el bien que el alma ganó;  
no hay inconvenientes, no,  
que me estorben mi deseo,  
pues siendo cambio Mateo  
con cielo y tierra se alzó.

Padre de mi alma, espera,  
que sí a mirarte me atrevo,  
Dios me dará un libro nuevo  
y el del cordero quisiera;  
ya entiendo su verdadera  
música y puedo enseñar  
en esta mano a cantar,  
que en esta mano si vive  
se ve lo que no se escribe  
sino es al Rey Baltasar.

*Vase. Salen tres PASTORES, don DIEGO, CÉSAR,  
doña INÉS y los más que  
pudieren*

PASTOR 1: Nuestra madre se nos muere,  
nuestro amparo, nuestra Santa.

Cielos, ¿qué habemos de hacer?  
PASTOR 2: No castigéis nuestra patria  
con tal azote, mi Dios.  
PASTOR 3: Dadnos, nuestra madre amada,  
nuestra salud, nuestra vida,  
y el amparo de la Sagra.  
INÉS: ¡Ay de mí, triste sin ella!  
DIEGO: Si muere la Santa Juana,  
¿qué aguarda más mi vejez?  
CÉSAR: Mostradnos, madres amadas,  
el cuerpo de nuestra madre,  
para dejar consolada  
nuestra tristeza y pesar.  
INÉS: Madres: las puertas se abran  
para ver este tesoro.  
TODOS: Mostradnos, madres, la Santa.

*Sale una MONJA*

MONJA: Por cumplir vuestros deseos,  
antes que del cuerpo salga  
de este ángel el alma bella,  
que ya apresta su jornada,  
es justo que la veáis.

*Descubren una cortina y aparecerá la SANTA de  
rodillas con un Cristo en la mano y coronada la cabeza como la pin-  
tan y las MONJAS a sus lados, y estén sobre una tarima a  
forma de cama*

DIEGO: Madre nuestra, madre Juana,  
¿por qué nos dejáis tan tristes?  
SANTA: Sosegad, hijos, las ansias.  
PASTOR 2: ¿Quién ha de poder, si vemos  
perdida nuestra esperanza?

*Sale don LUIS*

LUIS:        Juntos están. Pediré  
de mis culpas la venganza.  
Humilde estoy a esos pies,  
veis aquí, César, mi espada  
para vengar los delitos  
que la justa muerte aguardan,  
y así digo que gocé  
a doña Inés, y palabra  
doy, si gustáis, de su esposo.  
Dejad ofensas pasadas  
si acaso el perdón merece  
una culpa confesada.  
Padre mío, yo os suplico  
que, no mirando a mis faltas,  
me perdonéis como a hijo.  
Perdón pido, madre Juana,  
rogad a los dos por mí,  
y a Dios que sane la llama  
de este fuego riguroso;  
rogádselo, madre santa;  
humilde el favor os pido;  
por vos el perdón aguardan  
mis pecados.

SANTA:            Levantad,  
hijo; que mejor alcanzan  
esas lágrimas con Dios  
el perdón que mis palabras.  
Yo rogaré de mi parte  
que Él os conserve en su gracia,  
y a don Diego y César pido  
que perdonen vuestras faltas.

DIEGO:        Basta que vos lo pidáis  
para quedar perdonadas.

CÉSAR:        Perdón y brazos os doy.

LUIS:        Vuestra nobleza se ensalza  
con este nuevo favor,  
y merced tan señalada,  
que perdón tan liberal  
de vos sólo se esperaba.

DIEGO: Dad a doña Inés la mano,  
LUIS: Mas--¡ay de mi, virgen Juana,  
ya estoy sano de aquel fuego  
que tanto me atormentaba!  
INÉS: Yo me tengo por dichosa,  
después de tantas desgracias,  
pues he venido alcanzar  
mis perdidas esperanzas.  
Yo soy, señor, vuestra esposa.

*Descúbrese de rodillas sobre una tarima,  
puestas las manos La SANTA elevada, y a sus lados las MONJAS  
hincadas de rodillas*

SANTA: Hijos, adiós, que me llama  
mi Esposo. Allá, en su presencia,  
tendrá eternamente España,  
y en ella este reino ilustre,  
una propicia abogada.  
Esposo, venid por mí.

*Dentro*

JESÚS: Sube a gozar, prenda santa,  
los premios de tus trabajos.  
*Toquen poco*

DIEGO: ¡Gran suerte!  
TODOS: ¡Visión extraña!  
ALDONZA: Madre, ¿que os vais de esa suerte?  
SANTA: Quedaos a Dios, prendas caras.  
¡Mi bien!

*Aparece el niño JESÚS*

JESÚS: ¡Mi esposa!

